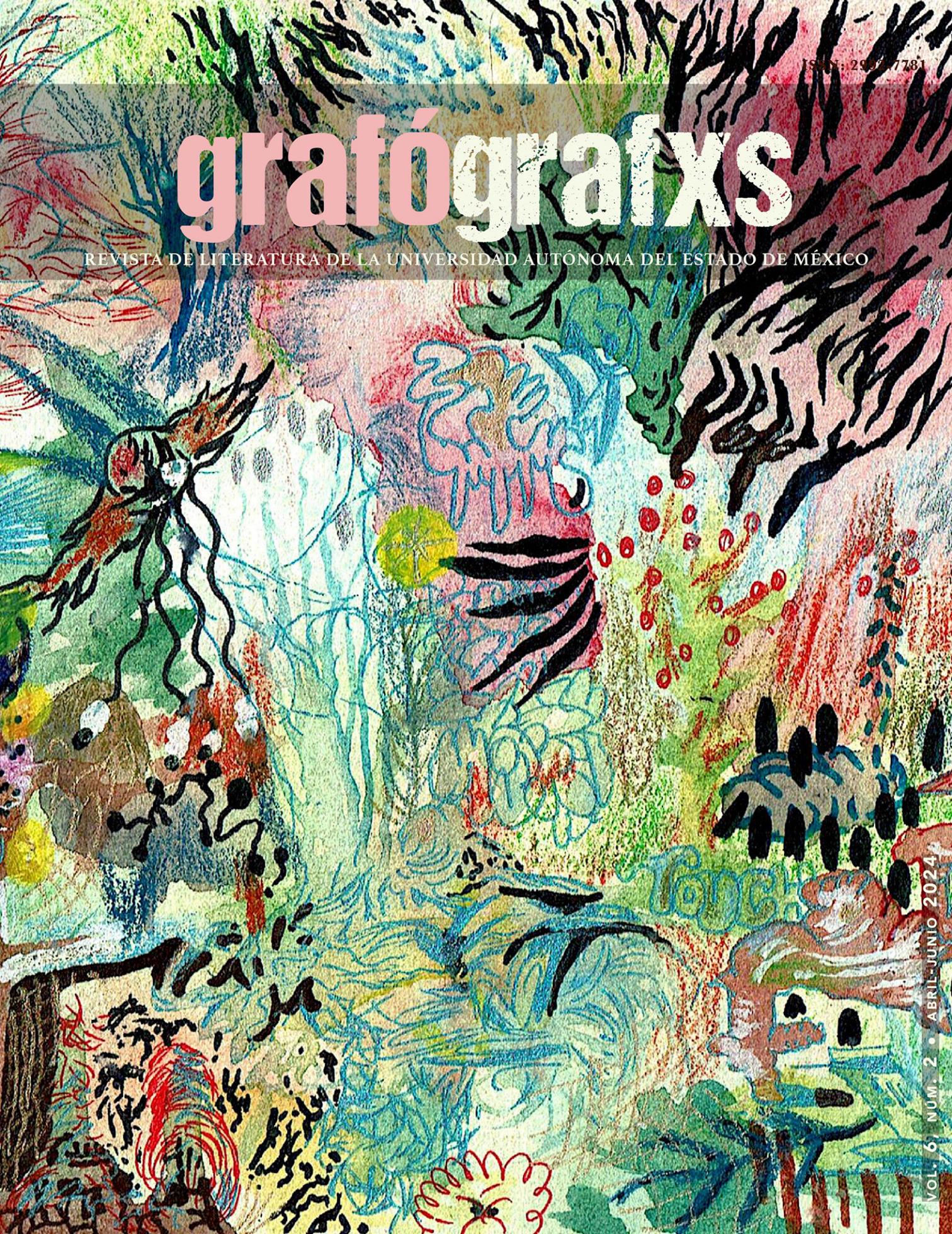


grafógrafixs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



GRAFÓGRAFXS

TALLERES DE LITERATURA



TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX

¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

Ejemplo:

Dora Moro,
Geodón,
ISBN: 9-47-8490-607-978, México
Ediciones Luzzeta,
41 .,2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Lujá

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

Grafógrafxs, volumen 6, número 2, abril-junio de 2024, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: 2992-7781, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

grafógrafxs

EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Ana Karen Valdes Corona

Erika Janiz Morales Velázquez

Karla Marlene Correa Ramírez

Ricardo Yael Aguilar Berlanga

COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlalitl Rodríguez Mendoza

CONTENIDO

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 5 | «EL POEMA ES EL VIAJE»
CARLOS VICENTE CASTRO ENTREVISTA
A MARIO MONTALBETTI | 52 | POEMAS Y APUNTES
Valeria List |
| 14 | EL HIJO DEL SOL
Daniel Guebel | 59 | MIRAR
Solmaz Sharif |
| 24 | AYER
Flor Ivette Morales Guzmán | 67 | SI DEBO MORIR
Reefat Alareer |
| 29 | AYER
Ana Basilio | 69 | LIBROS Y LECTURAS
Lolbé González |
| 34 | ALEX
Priscila Rosas Martínez | 73 | LIBROS Y LECTURAS
Sebastián Rivera Mir |
| 46 | THE PIERRE
Rodrigo Ramírez del Ángel | | |

Ilustración en portada y contraportada:

Terrario de fuego y musgoma.
Acuarela y colores de madera.
Phantaser XP (Axcel Bremurio).

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Yo sé a lo que yo vine
Thaís Espaillat Ureña

grafógrafxs es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas, y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

«El poema es el viaje» Carlos Vicente Castro entrevista a Mario Montalbetti*

Adentrarse a la obra del poeta peruano Mario Montalbetti es una experiencia gozosa, aunque no fácil. El lector tradicional ha de dejar de lado sus prejuicios respecto a lo que espera de la poesía y disponer sus sentidos a sumergirse en un torbellino de sonoridades, ritmos y asociaciones, entre otros múltiples recursos que evaden la significación. Doctor en Lingüística por el Instituto de Tecnología de Massachusetts y autor de libros como *Lejos de mí decirles* (Matadero, 2019), *El pensamiento del poema* (Cinosargo-Marginalia, 2019) o *Cabe la forma* (Pre-textos, 2021), Montalbetti se considera lingüista antes que poeta, una afirmación por demás curiosa por parte de uno de los poetas y lingüistas más importantes de su país. La diversidad de su obra es un continuo cuestionamiento a la materia misma con la que escribe: el lenguaje. Por cierto, también cuenta en su haber con un libro para niños: *El vigía* (MALI, 2013).

Carlos Vicente Castro: Mario, tu obra ha circulado desde hace años en México de mano en mano. El primer ejemplar que conseguí fue *Cinco segundos de horizonte*, en una edición clonada. ¿Cuál es tu opinión sobre este tipo de distribución?

* Esta entrevista se publicó originalmente en el suplemento «Confabulario» de *El Universal* el 21 de noviembre de 2021.

¿La poesía debe estar, gratuitamente, al alcance de quienes la busquen en la red?

Mario Montalbetti: ¿Las novelas deberían estarlo? ¿Los ensayos? ¿Los programas de ajedrez? ¿Los partidos de fútbol? ¿El cine? El que podamos hacer impunemente la pregunta por la poesía es síntoma de su ubicación dentro del sistema en el que vivimos. A diferencia de los otros ejemplos, el trabajo que requiere hacer un poema no es considerado trabajo «productivo». ¿Es la solución asimilar la poesía al sistema para que goce de las mismas protecciones y abusos que otras actividades? No lo creo. Prefiero que se mantenga al margen. La médula de la poesía consiste en ser antisistema; anti cualquier sistema.

CVC: ¿Cuál ha sido tu experiencia con los lectores mexicanos?

MM: Siempre me ha sorprendido que mi poesía tenga lectores. Lo digo en serio. Nunca escribo pensando en lectores ni *para* lectores. Dicho eso, ha sido un lujo tener lectores como Alberto Blanco y Eduardo Milán. Pero sigue sorprendiéndome.

CVC: Eduardo Milán afirma en la contraportada de *Simio meditando (ante una lata oxidada de aceite de oliva)*: «Se trata de ver el lenguaje en acto y de darlo al poema después de pasarlo por la mediación del pensar pero sin caer en su red, encendido en su brasa todavía viva». Este pensar, ¿en qué consiste?

MM: Primero, es acto, no producto; no es pensamiento ya acabado (lo que Milán llama «caer en su red»). Segundo, pensar es un movimiento de ida y vuelta. Es cuando regresas al punto de partida que el acto de pensar se perfecciona. Igual con el poema: si te vas siguiendo una metáfora y nunca vuelves a la literalidad del poema, no estás pensando. Tercero, es pensar el lenguaje. Si solamente piensas el mundo, te pierdes al pensar las contradicciones y las negaciones.

CVC: ¿Qué poemas o libros de poetas mexicanos te entusiasman?

MM: José Emilio Pacheco, Alberto Blanco, Pura López Colomé, Inti García Santamaría, David Huerta, Coral Bracho, los Cardencheros de Sapioriz. La lista sigue.

CVC: Es curioso que contestes con nombres de poetas y no con los de libros o poemas. Me gustaría, si estás de acuerdo, insistir un poco...

MM: Pacheco, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*; Blanco, *El corazón del instante*; López Colomé, *Poemas reunidos*; García Santamaría, *Évelyn*; Huerta, *La mancha en el espejo*; Bracho *Cuarto de hotel*, y Cardencheros, *Un amor pendiente*. Me disculpo por hacer trampa e incluir en algunos casos poesías reunidas.

CVC: Tu obra tiene gran solidez de conjunto. Tal parece que en cada libro encuentras nuevos recursos para poner en jaque al lenguaje. Por ejemplo, en el caso de *Cajas los límites*

entre poesía y ensayo están felizmente difuminados. ¿Cómo llegaste a este tipo de exploración?

MM: Creo que soy lingüista antes que poeta, si entendemos por lingüista alguien que está interesado primordialmente en el lenguaje más que en la literatura. Me interesa lo que el lenguaje hace con nosotros y lo que nosotros le hacemos a él. Mi impresión es que en nuestra época ese conflicto se define mejor y de manera más radical en el poema y en el ensayo. No es extraño, entonces, que haya tratado de confluír ambos acercamientos. Lo sigo haciendo.

CVC: En una entrevista mencionaste que los dos extremos puros del poema son la experimentación y la literalidad. En tu caso, ¿desde qué punto del lenguaje escribes? ¿Desde cuál quisieras escribir?

MM: La tradición crítica suele describir el siglo XX poético peruano con base en dos polos: César Vallejo y José María Eguren. Mi propio panorama se queda con Vallejo (con el Vallejo de *Trilce* y de los poemas de 1937-8) y cambia a Eguren por Blanca Varela (la de sus dos últimos libros). En términos atómicos, Varela sería un protón nuclear con carga positiva y Vallejo un electrón periférico con carga negativa. Es mi propio mapa. Personalmente, me contento con orbitar en torno a alguno de los dos los días que tengo suerte.

CVC: ¿Qué elementos conceptuales, de composición o incluso intuitivos consideras al conformar un libro? Los distintos recursos que vas utilizando, ¿son reflexionados con anterioridad o los descubres al escribir?

MM: No, no tengo una idea predeterminada. Escribo mientras pienso y no al revés. Tampoco tengo un método fijo, pero es cierto que mientras escribo suele aparecer un centro gravitacional muy fuerte que atrae a los textos. Trato de que los libros no se repitan, que sean distintos, organizados por gravedades distintas. No siempre lo logro.

CVC: Este centro gravitacional, ¿cómo se diferencia del sentido?

MM: Gran pregunta: es lo mismo, visto desde perspectivas opuestas. El sentido te saca del poema (tal como si se tratara de una fuerza centrífuga); el centro gravitacional te devuelve a él.

CVC: En una de tus clases de lingüística disponibles en YouTube expones tres ideas equivocadas sobre el lenguaje. Respecto a la poesía, ¿podrías mencionar una o dos ideas que te parezcan equivocadas actualmente?

MM: No sé si es una idea equivocada, pero creo que si ves en un poema un montón de palabras que deben ser descifradas, empiezas mal. La idea misma de signo como unidad que conecta sonido y significado es una idea muy tramposa al enfrentarnos a un poema. Prefiero la vía a-semántica, a-semiótica, fijarme en la sonoridad, en el ritmo, en la prosodia, en fin, en el movimiento del poema. El primer verso del poema «Los heraldos negros», de Vallejo, es: «Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé». Si Vallejo hubiera escrito: «No hay golpes en la vida tan fuertes, yo lo sé», ¿hubiera cambiado algo? No lo creo. Y eso debería darnos una pista.

CVC: Me gustaría que profundizaras un poco más respecto al movimiento del poema. ¿Hacia dónde se mueve? ¿Tiende al vacío?

MM: No necesariamente. Más bien, tiende a no parar, a continuar indefinidamente, a no detenerse. Son las operaciones semánticas/semióticas las que detienen el movimiento tratando de «cobrar» significado. Es como salir de viaje y preocuparse exclusivamente en llegar al destino. Hay más cosas en un viaje. El poema es el viaje. Te puedes bajar cuando quieras.

CVC: ¿Cuál es la materia prima del poema? ¿De qué manera se relaciona la memoria con el poema?

MM: Respondo en términos personales: la materia prima del poema es el lenguaje y dentro del lenguaje, todo aquello que se oye pero que no se escucha, todo aquello que pasa desapercibido si reduces todo a signo, a ver qué significa. Claro que hay significados y claro que trabajamos con objetos (palabras) que dicen cosas, pero poner eso por delante del ritmo, del movimiento, al menos a mí no me funciona. La memoria, como tema, no me interesa mayormente; como instrumento puede ser útil, tanto para cometer el mismo error dos veces como para no hacerlo.

CVC: ¿Cómo es tu relación, ya no con el lenguaje, sino con las palabras?

MM: Pregúntale a un halcón que se lanza sobre una bandada de pájaros lo mismo. Quiero decir: si el halcón se concentra en un

ave en particular probablemente se morirá de hambre. Primero debe entender el movimiento de la bandada y luego, con suerte, atrapará algo. Pero nunca atrapará a la bandada entera.

CVC: ¿El valor de la poesía reside en «hacerle algo al lenguaje»?

MM: Digamos que el poema que me interesa es el que no se contenta, ni se siente cómodo, con el lenguaje heredado. Hay algo en explorar los límites de un objeto (que no sabemos si los tiene o no) que me resulta intrigante.

CVC: ¿Un ensayo y un poema son equiparables en términos de valor para cuestionar el lenguaje?

MM: Sí, pero también una novela (pienso en *Moby Dick*, por ejemplo) o, para tal caso, cualquier texto. Pero mi impresión es que hoy en día el trabajo de cuestionamiento no pasa por la novela, sino que se define mejor en los poemas y ensayos y en los híbridos, que son especialmente interesantes (pienso en Quignard, Carson).

CVC: Ha habido un creciente interés por escribir poesía social en México, debido a nuestra situación cada vez más violenta. ¿La poesía debe responder, reaccionar a las urgencias sociales de un país?

MM: No más, ni menos, que la medicina, la pesca, la fabricación de bicicletas... Si quieres ayudar a alguien que no tiene qué comer,

no escribas un poema, dale un pan. Si quieres tomar el poder, no escribas poemas, sal a la calle. Tenemos responsabilidades como ciudadanos y como poetas —y no siempre son las mismas—.

CVC: ¿Estás de acuerdo con la denominación «poesía del lenguaje»? Siendo la poesía lenguaje, ¿hasta qué punto la etiqueta es una perogrullada?

MM: Las formas de encasillamiento («poesía del lenguaje», «poesía social», «poesía de género», etc.) les son útiles a los burócratas de la literatura. Para mí la cosa es más simple (o más complicada, como se la mire): trata de escribir un buen poema. Sí, no es fácil definir «un buen poema», pero creo que cada uno tiene una idea más o menos clara de qué poemas salieron bien y qué poemas fallaron.

CVC: ¿La falla en un poema puede convertirse en el acierto de otro poema?

MM: Sí, por dos razones. Muchas veces las fallas son contextuales, de tal manera que en otro poema, rodeado de otros ritmos, palabras, las fallas pueden, por así decirlo, repararse. La segunda razón es que las fallas también revelan ellas mismas algo importante (así sea por vía negativa), algo que puede asimilarse al mismo poema mediante lecturas distintas. Es como la revaloración de las fallas en las piezas de cerámica. Muchas son, en efecto, fallas o errores, pero que finalmente pueden integrarse a la pieza.

CVC: ¿Cuáles deberían ser los temas fundamentales en poesía a abordar por la crítica literaria hoy en día?

MM: Tal vez el tema fundamental de la crítica hoy en día debería ser: ¿por qué es tan difícil hablar de poesía? No sólo hablar, sino *decir* algo.

CVC: Me sorprendió encontrar en internet un libro tuyo para niños, *El vigía*, basado en una antigua pieza mochica.

MM: Es muy complicado escribir un libro álbum o un libro para niños. Son géneros que tienen reglas y márgenes más bien estrictos. Pero está de moda y a muchos escritores les tienta la idea de escribirlos y creen que pueden hacerlo sin problema si al personaje principal lo llaman «Fonchito» y luego dicen alguna bobería. En mi caso, el libro se benefició enormemente de que Micaela Chirif le metió mano. No lo hubiera podido hacer solo.

MARIO MONTALBETTI (Lima, Perú, 1953). Lingüista y ensayista. En 1979 fue cofundador de la revista *Hueso Húmero*. Ha publicado, entre otros libros, *Perrito negro* (Arybalo, 1978), *Cinco segundos de horizonte* (AUB, 2005), *Simio meditando (ante una lata de aceite de oliva oxidada)* (Mangos de Hacha, 2016), *Cabe la forma* (Pre-textos, 2022), *Geometrías variables del lenguaje* (Fondo Editorial PUCP, 2022) y *El cuatro está solo* (Tusquets, 2023).

CARLOS VICENTE CASTRO (Cocula, México, 1975). Es autor de *Carcoma* (Écrits de Forges y Paraíso Perdido, 2006), *Apócrifos + Circo + Un edificio en construcción* (Mantis Editores y Secretaría de Cultura de Jalisco, 2014), *Salida de emergencia* (Mano Santa Editores, 2020) y *Late night show* (Cinosargo, 2021). Fundó y dirigió la revista *Metrópolis*.

El hijo del sol

Daniel Guebel

En *Sinuhé el egipcio*, novela cumbre de la literatura universal, Mika Waltari cuenta lo mal que le fue a Amenhotep IV cuando decidió reemplazar el culto de Amón y de otras deidades menores por el exclusivo del solar Atón, y de paso cambió su propio nombre por Akenatón. Históricamente, el paso de una constelación de dioses a un dios único ha sido considerado un gran salto para la humanidad. Por ese motivo, en lugar de Jonathán, sus padres llamaron Jonathon a su primogénito: Jonathon Keats. El apellido evoca a un minúsculo y beodo poeta inglés que escribía poemas a las urnas griegas. También deberíamos tener presente que Jonathan deriva de Jonás, el profeta de Yahvé que fue arrojado al mar y sobrevivió en el vientre del Leviatán.

A diferencia de los genios que se precian de haberlo sido siempre, Keats empieza su carrera por lo más bajo, ejercitándose como crítico de arte. Son conocidas sus apreciaciones acerca de Jackson Pollock en particular y el expresionismo abstracto en general («Cagadas de mosca auspiciadas por la CIA»). A nadie le importa eso. Debuta como artista diseñando un *ballet* coreográfico para abejas, ubicándose en el batallón de los creadores que conciben su obra como gesto intelectual y estiman contingente su realización material, que es fastidiosa y pica. Sigue con un paso en falso: presenta una petición para agregar la «Ley de la identidad» ($A=A$) al código penal de Berkeley, California, postulando que cualquier

ser o ente atrapado en el momento de no ser idéntico a sí mismo recibirá una multa de hasta un décimo de centavo de dólar; el dinero recaudado por tal concepto sería empleado en la adquisición de ejemplares de la *Lógica* de Aristóteles con destino de anaquel de las bibliotecas públicas. El rechazo de los tribunales no lo desanima. Organiza la primera Exhibición de Arte Intergaláctico, con pinturas producidas a partir de señales detectadas en el radiotelescopio de Arecibo en Puerto Rico; básicamente puntos, chorreaduras, brillos y rayas. Estas obras, que resultan el primer vislumbre de su condición excepcional, son denostadas por el profesor Harold Bloom, que las tiene por el típico ajuste de cuentas del artista primerizo con el precursor fuerte (Pollock). Pero ya nadie puede objetar ni señalar nada ni compararlo con nadie cuando se produce su despegue en medio de un espectacular reguero de actividad: el restaurante fotosintético de luz *gourmet* para plantas; la creación de una moneda, de carácter inmaterial, libre del chantaje de las reservas de oro y respaldada en positrones y con garantía de una institución de su propiedad, The First Bank of Antimatter; la construcción de una red de estaciones electrónicas para emitir el voto a distancia, con programas de elección de candidatos basados en el juego de la *ouija*, etc., etc. Liberada su energía inicial, Keats empieza a hincar el diente en lo que resultará una de sus preocupaciones mayores: el modo en que materia y pensamiento ganan forma y sustancia en el tiempo. *The longest story ever told*, su primer trabajo literario, publicado en el número especial «Infinito» de la revista *Opium*, consta de nueve palabras, la primera de las cuales es precisamente «tiempo»; las ocho restantes, cubiertas por capas de tinta negra de creciente grosor y dilución programada, irán revelándose a razón de una por siglo.

Su siguiente trabajo, *Speculations*, combina la teoría física de las cuerdas (que agrega la existencia de seis o diez dimensiones

espaciales a las tres que conocemos) con un escrito legal dirigido al Departamento de Arquitectura y Urbanismo, solicitando la liberación del espacio aéreo para instalar casas cuatridimensionales o hipercubos diseñadas por él y puestas a la venta en su oficina de bienes raíces instalada en la galería Modernism de San Francisco. Durante el primer día se colocaron 172 lotes a precio de ganga: al aspecto fantástico de la invención, a la multiplicación imaginaria de objetos ideales, Jonathon Keats agrega el rasgo mercantil típico del espíritu protestante americano; esa combinación encuentra nueva forma en su siguiente proyecto, para el que monta la empresa SpaceTime Industries. Resumiendo, propone que si el espacio-tiempo que transita el universo se halla toqueteado por la fuerza de gravedad, su deformación o dilatación o arrugamiento se hará más perceptible cuanto mayor masa posea el planeta en que se realizan las mediciones, por lo que el tiempo transcurrirá más rápido en la Luna que en Venus, más en Venus que en la Tierra, más en la Tierra que en Júpiter, y así crecientemente. Para aprovecharlo mejor, Keats no sugiere la consecuencia lógica, nuestro traslado a megaestrellas de probado gigantismo, sino que ofrece la fabricación de ciudades flotantes giratorias e interconectadas que permitirían suspender el tiempo o hibernar en el tiempo hasta que los accionistas de su proyecto, a largo plazo y por la mera vía de la duración, recuperen el dinero invertido. Para mayor garantía, SpaceTime Industries los invita a desprenderse de la discreta suma de 29,99 dólares, convirtiéndose en propietarios de un «lingote de tiempo» fabricado con una aleación de alta densidad que lo dilataría en su entorno inmediato —ya sea el bolsillo reforzado del pantalón del caballero, la cartera de hierro de la dama o la mesa de luz conyugal de titanio—, en una relación de un segundo cada mil millones de años.

Desde luego, a semejante escala la oferta de tiempo parece escasa y desdeñable el valor de la adquisición, pero el asunto comienza a volverse interesante para el inventor del proyecto urbano celestial apenas calculamos que una hora ganada mediante la compra de 3,600 lingotes supone un gasto de 107.964 dólares. Un día de sobrevida costaría 2.597.736 de la misma moneda, y para un año añadido (con sus dichas y pesares, con sus tedios y sus vueltas de perro) resultaría un bruto de 948.173.640 millones, cifra que recibiría un interesante descuento en concepto de compensación por los costos fijos de traslado, conservación y almacenamiento de lingotes. Pero aun así, digamos, con una rebaja del 30 % (U\$S 284.452.092), ese año extraído a la muerte costaría U\$S 663.721.548, y si alguien deseara extender su duración por un siglo debería sumar dos ceros más a esa cifra. Pero, ¿y la inmortalidad? ¿Existe siquiera *un* multipluripolibillonario capaz de comprarla? No sólo es imposible concebir una cifra en expansión constante, ni siquiera existen, técnicamente, las máquinas capaces de producir la cantidad de billetes necesarios para alcanzarla, para no hablar de la materia prima imprescindible para hacerlos y el espacio para guardarlos (según los cálculos de Ramakant Janata y Sheldon Cooper, la superficie cubierta por los paquetes de papel billete necesarios para adquirir apenas ochenta y cuatro millones de años, si se los dispusiera en pilas de cien mil metros de altura, superaría la extensión del continente asiático; claro que antes de que semejantes torres terminaran de erigirse, su peso bruto desviaría la órbita del planeta, derivando en consecuencias dignas de ser estimadas por la astrofísica).

Keats está seguro de que el vector de la vida sin término se alcanzará apenas él ponga en relación tecnología y dinero: una vez que la vanguardia de plutócratas con visión de futuro invierta en su producto, la investigación científica hará el resto y precios

y costos se reducirán. Un aviso de SpaceTime Industries lo adelanta: «Se avecina el manejo del tiempo en todo el cosmos, con colocación privilegiada de estrellas de neutrones y singularidades desnudas. Compre sus acciones ya».

Con lo que logró hasta el momento, Keats se ha ganado un lugar en la historia de las utilidades del pensamiento. Pero él es más y menos que un pensador; es también un artista. Y, como todo artista, crea su obra y luego empieza a ser esculpido por ella. Además, superada la barrera de los treinta años, las primeras declinaciones físicas, un contraste sentimental y la percepción de la propia mortalidad se combinan en su mente con los paisajes del cosmos. En el contacto con las estrellas no puede evitarse el contagio de su luz, el negro efecto majestuoso de los espacios vacíos. Ese roce provoca un ingreso constante y lento al núcleo incandescente de su obra. El punto inicial comienza con la construcción de un templo dedicado al culto de la ciencia, cuyos vitrales reproducen los patrones creados por la radiación natural de fondo dejada por el *big bang*. Keats busca conciliar los opuestos —fe y saber— y hacerlos operar en nueva síntesis. De hecho, bautiza a su templo como Atheon. La introducción de la vocal «e» en la parte final de su nombre, la división de la sílaba, al mismo tiempo induce a pensar en el dios sol egipcio y a descreer de toda divinidad. Pero vivir sin Dios es difícil, quien lo hace no corteja la eternidad sino el fin. Y Keats es un creador que quiere durar él y hacer durar el todo, no sólo como objeto inerte (rocas, gases, polvo y espanto), sino como conciencia de sí. Eso explica «Brainstorm», uno de sus proyectos más radicales.

De acuerdo con la legislación internacional vigente, los derechos de autor pertenecen al titular y luego a sus herederos hasta setenta años después de su muerte, cuando se convierten en propiedad pública. Amparándose en el *cogito ergo sum* cartesiano,

Keats prorroga por siete décadas su sobrevivencia ofreciendo la comercialización póstuma de los derechos de autor sobre su cerebro y sus producciones. Alega que se trata de una obra de su propia creación, de la que es responsable sinapsis a sinapsis y neurona a neurona. El antecedente no muy secreto de su proyecto es Einstein, que donó el suyo a la ciencia para que fuera cortado en fetas y repartido entre neurólogos, en un remedo de las operaciones que la antigüedad empleaba para pesar y medir el alma. Algo más materialista, Keats sólo ofrece entregar *post mortem* sus neuronas en buen estado a cambio de sumas del valor de su producto colocado en la Bolsa de Nueva York y vendido como paquetes de acciones, a 1,000 dólares por cada millón de neuronas.¹ La idea es extraordinaria, porque, además de la evidente ganancia, propone una forma de duración personal-intelectual de matriz evangélica que exalta su cerebro como un bien a difundir sin mengua, como el espíritu y la carne de Cristo permanecen sin degradarse en la hostia.

La venta de derechos a futuro fue un éxito y algunos de los adquirentes resultaron empresas de punta del Silicon Valley, lo que al empresario-inventor le ofreció el respiro económico y anímico suficiente para pasar a su siguiente proyecto: en el curso de un sínodo científico realizado en El Atheón, anuncia la fabricación de dispositivos —*gadgets*— económicos y prácticos para crear universos. El valor del producto no supera los veinte dólares y la materia básica —un frasco de conservas vacío, una pajita de plástico, goma de mascar— opera urdiendo realidades alternativas de un modo que el manual de instrucciones detalla en cinco

¹ En promedio, el cerebro humano posee 140 billones de neuronas. Colocado el paquete accionario en su totalidad, Keats obtuvo 140 millones de dólares. Es de subrayar la modestia del inventor, que en ningún momento presumió de poseer más neuronas-capitalizables y disponibles para su venta que el resto de los mortales, y ni siquiera planteó cláusulas de ganancia porcentual por reventas a futuro.

idiomas (aunque la sintaxis es confusa y se comprobaron errores de traducción al chino moderno). ¿Los dispositivos de Keats intentan reemplazar a Dios? Según críticos de la talla de Hafén Slawkenbergius, la nueva invención es una denuncia tan irónica como feroz del fetichismo contemporáneo, adorador de microuniversos producidos en serie, hechos de la materia del desperdicio y que terminan flotando en medio de los océanos, convertidos en islas de plástico, en la sustancia misma de los deseos vacuos e intercambiables.

Pero eso no deja a un lado el tema —o el problema— de Dios. Keats se encierra en un laboratorio de la Universidad de Berkeley con el zoólogo Marcos Moffet y el genetista Tom Cline, y allí concibe «Divine Taxonomía», proyecto con el que intenta zanjar el debate entre evolucionistas y creacionistas definiendo para siempre el lugar del llamado Ser Supremo en el árbol filogenético. El comienzo de la investigación parece errático, más cercano a la mística que a la revelación científica: Keats expone a sus colaboradores a la escucha de una cinta grabada con los rezos de las tres principales religiones monoteístas, buscando establecer la existencia de elementos comunes —musicales o fonológicos—, alguna clase de homología entre la estructura del universo y la sintaxis de la fe... Tras doce horas de audición continua, salen en estado confusional. Se ciñen entonces a un punto teórico más productivo: el ADN de Dios, ¿a qué se parece?, ¿con qué especie se corresponde? Si la teoría de los creacionistas es correcta y el hombre fue hecho a su imagen y semejanza, por propiedad transitiva compartirá su composición con el insecto más cercano a la especie. Se trata de la mosca de la fruta (*Drosophila melanogaster*), cuyos polinucleótidos se corresponden con los nuestros en un 99,99% (la disimilitud del 00,01 explica los diez mil ojos, las antenas, la frotación, la estructura queratinosa y las alas). Por lo tanto, las moscas deberían

considerarse sagradas, mosquiteros y matamoscas y pesticidas serían proscritos de las ferreterías, y el consumo de fruta agusanada tendría que tomarse por prueba de fe, ya que contiene *in nuce* sus formas autorreplicadas. Si, por el contrario, Dios nació y se desarrolló mientras creaba el universo y los cielos y la tierra y su biósfera, es decir, si es un ser como cualquier otro, en proceso evolutivo darwinista, entonces estará hecho —básicamente— de cianobacterias, los organismos unicelulares más antiguos de nuestro planeta, y los primeros capaces de realizar fotosíntesis oxigénica.²

En este punto, aunque las investigaciones todavía no aportan elementos concluyentes, Keats y su equipo ya recibieron la severa crítica de una eminencia religiosa. «Si Dios es un bicho que ni ver puedo, ¿cuando camino lo estoy pisando, cuando suspiro lo estoy exhalando, cuando me siento lo estoy aplastando, cuando voy al excusado lo estoy orinando?», se pregunta Nasrallah Sfeir de Reyfoun, filósofo y teólogo y patriarca de la Iglesia de Antioquía.

El sagrado temor de matar a Dios —mucho más hondo que el miedo de que no exista— expresa la sospecha que anida en todo espíritu religioso: que en el fondo fue un error que decidiéramos quedarnos con una sola deidad, y sin ser superior de recambio. En la antigüedad los dioses aparecían y morían o eran olvidados; se los podía suplir, traicionar o vender. Siendo funciones más que entidades, se adaptaban mejor a la psique humana. La ficción monoteísta nos arroja a la inquietante posibilidad de perderlo *completamente*. En definitiva: la idea de un creador único propone

² En 2012, Keats abrió una «Academia de Ciencias Microbiana». A la primera solicitud, su academia surtiría a precios convenientes colonias de cianobacterias que realizarían investigaciones astrofísicas con las imágenes provenientes del telescopio espacial Hubble. Recurriendo a la misma teoría simpática —u homeopática— empleada para dilucidar la materia de Dios, Keats explicó que las cianobacterias, al carecer de la complejidad propia de nuestro cerebro, están mejor preparadas para comprender las leyes fundamentales de la física y la simplicidad esencial del universo.

al Dios del vacío. Una vez que lo construye todopoderoso, lo desmaterializa y aleja de nosotros; en plena proliferación de sus atributos le achaca la decisión de no ejercerlos. Y en esa duplicidad angustiosa le descubre su mayor riqueza: Dios inventa el universo, pero se abstiene de controlar su rumbo para darnos la posibilidad de optar. Pero el libre albedrío es sólo una máscara del más férreo de los determinismos, porque a) nos adecuamos a Su Plan y ganamos el Paraíso, b) nos oponemos y somos condenados. En ambos casos, la elección no resuelve el problema de las visibles imperfecciones de lo creado, que no pueden ser atribuidas. Para subsanar ese problema lógico, los gnósticos orientales atribuyeron la existencia de nuestro universo a los débiles talentos de una emanación vertiginosamente degradada y bizarra de ese Primer Principio, consustancial con este, pero carente casi por completo de sus poderes.

Naturalmente, en su carácter de filósofo experimental, Jonathon Keats no se dejó engañar por tales razonamientos. Demasiado dúctil para místico, demasiado indócil para científico, ha decidido pensarlo todo de nuevo. Ya emprenda esa nueva causa como una refundación de la teología, ya como comerciante de cianobacterias, moscas de la fruta o estampitas religiosas, la tarea en la que está empeñado lo convierte en un genio a escala única en la historia de la humanidad.³

³ Tal vez habría que suavizar el énfasis de esta última afirmación, que posee un carácter al mismo tiempo improbable y regresivo. Lo hecho por Keats es admirable y provocador, pero, ¿a escala única? Sin duda, su última apuesta es un desafío notable: la proyección de pornografía interestelar emitida desde el Gran Colisionador de Hadrones para excitar a Dios y despertarlo de una siesta creativa de 13.800 millones de años mediante el envío a los reinos celestiales de *quarks*-gluon plasma —QGP— o «caldo de *quarks*» a través de su computadora portátil. Keats afirma que el universo no ha hecho otra cosa que expandirse desde su momento inicial y que esa expansión se está acelerando tanto que —medido en algunos miles de millones de años— el universo corre el riesgo de despedazarse o convertirse, con la pequeña ayuda de sus amigos, la energía oscura y la fuerza gravitacional de los agujeros negros supermasivos, en una materia fría y amorfa y sin vida alguna. En ese sentido, la

proyección de su porno-obra-despertador serviría para que un dios recién levantado y erecto medite acerca de la posibilidad de organizarlo todo de nuevo o incluso de concebir futuros universos con mejores perspectivas de duración que este. No es ocioso mencionar también que el diseño de su plan salvacionista incluye la presencia de lámparas votivas, incienso, velas y hasta de algún cuadrúpedo sacrificable, elementos capaces de generar la simpatía divina por su alusión a los antiguos y bellos rituales religiosos. Ahora bien, volviendo a la adversación y el interrogante, ¿un genio único? Es cierto que el propósito de Keats se ajusta al último grito de la moda científica, con toda su parafernalia de bichitos microscópicos y subatómicos, pero desde el punto de vista de la evolución y desarrollo de la humanidad, desde un punto de vista escatológico, supone una remisión o retroceso respecto del concebido a principios del siglo XX por el extraordinario compositor y teósofo Alexander Scriabin, quien evitó el apocalipsis cósmico enviando su obra musical *Mysterium* hacia las galaxias mediante los recursos técnicos que le permitía la época. En términos de precedencias en la genialidad, podríamos decir que Alexander Scriabin fue mucho más lejos que Jonathon Keats al prescindir de la figura de Dios como creador del universo e intermediario frente al universo, y divinizó al hombre al operar directamente sobre esa materia y ese vacío. (Para mayor información sobre el tema, los lectores pueden consultar mi novela *El absoluto*).

DANIEL GUEBEL (Buenos Aires, Argentina, 1956). Entre los libros que ha publicado se encuentran *El absoluto* (Random House, 2017), con el que obtuvo el Premio Literario de la Academia Argentina de Letras y los Premios Nacional y Municipal de Literatura; *El hijo judío* (Random House, 2021), Premio de la Crítica de la Feria del Libro; *Un crimen japonés* (Random House, 2022); *El sacrificio* (La Bestia Equilátera, 2022), y *El rey y el filósofo* (Random House, 2023).

Ayer

Flor Ivette Morales Guzmán

Ayer hice el amor por teléfono
y me levanté con olor a ti, aunque no estabas a mi lado.

Ayer volví a colgar los tenis baratos, llovió y se mojaron de nuevo.

Ayer hice un poema que convertiste en canción
y me enojé porque dijiste que son tus canciones.
No te mereces cantar mis letras.

Ayer me pinté los labios de rojo y repetí tu nombre
fuera de la cantina
donde me emborraché.

Ayer me regalaron flores, flores virtuales.

Ayer tuve un orgasmo con mi amor platónico, hablamos a diario.

Ayer Lilith me dijo que el ego es como una perrita
que puede estar bien o mal domesticada
y que caminamos siempre con nuestra perrita a un lado.

Ayer me di cuenta de que estoy muy triste
y de que de verdad quiero ser feliz.

Ayer sí fui feliz
cuando vi a mi hijo leer por primera vez
el libro que le regalé.

Ayer escuché hablar a los árboles
y sentí que no estaba sola,
sentí que vino el aire a mover sus hojas.

Ayer me encontré a mi primer amor
y está perdido en un hueco profundísimo.
Hablamos de su hermano que acaba de morir
y de su reencarnación.

Ayer aullé un poema en manada,
moví las caderas,
aullé como loba
y me sentí la perrita de Colie.

Ayer nombré Marcela a la araña que vive en mi baño.

Ayer mi papá estaba vivo y me enseñaba a usar sus herramientas
sólo porque yo quería estar con él.

Ayer me hice pipí de la risa con Diana
y me tuve que bañar en su baño de palma.

Ayer me corté las muñecas y las piernas,
caí en el sueño profundo de la nada
y vi mi sangre en mis sueños como pétalos de rosas rojas
tirados como en cualquier escena romántica.

Ayer nadé desnuda con mis primas en el arroyo de don Emi
y nos vio un muchacho desde arriba.

Ayer me quedé en un catre viendo las estrellas
hasta las tres de la mañana.
Pedí ocho deseos.

Ayer me enseñaron la foto de un nahual;
yo creo que era mi tía Calletana.
Ella tiene un semblante de miedo
y una práctica esotérica.

Ayer te pensé en la madrugada,
borré los mensajes que te envié,
pero me arrepiento de haberte engañado.

Ayer me amarraron cebolla asada con un bolillo
en el estómago
y me dieron chocolate con ruda.

Ayer mi tía me curó la tristeza
y el agudísimo peso de la angustia
que los doctores no curan.

Ayer el chico que me gusta me mandó fotos con poca ropa.

Ayer no pude dormir
porque hace una semana el narco mató a mi tío y a su papá
por una deuda familiar.

Ayer fui a bailar a la mañanera
y no le quise dar la mano a AMLO.
Ayer en la mañanera me acosaron los militares.

Ayer vi a un pedófilo a los ojos
y bajó la mirada.

Ayer compré frutas en el mercado
y Carmen ya no estaba.

Ayer fui científica e hice un cocrystal farmacéutico,
inyecté fármacos en ratas
y las dormí con cloroformo.

Ayer quise dormirme con cloroformo
y me dormí con mis amigos hablando del suicidio.

Ayer me besé con mi mejor amiga,
pero no funcionó.

Ayer me vine sobre los dedos de Dulce
y me obsesioné con ella.

Ayer quise entrar en la Lattice.
Uno debe tener cautela para esas cosas,
sentí una energía muy fuerte en mi corazón y tuve miedo.

Ayer conocí a Karemi.
Hablamos de metafísica,
invocamos nuestras voces,
sacudimos el cuerpo,

nos rascamos los isquiones
y me dejó dormir en su cama con su gata,
que se acurrucó y durmió conmigo.

Ayer Carlos me presentó a Karemi.
Carlos también invocó la voz
y mientras comíamos picaditas
y empanadas en una fondita jalapeña
hablamos de lo viejo del alma.

Ayer estuve en un convento,
pero no encontré a Dios.

FLOR IVETTE MORALES GUZMÁN (Estado de México, 1994). Estudió Química Clínica en la Universidad Veracruzana. Cursó talleres de teatro, de voz escénica y de escritura creativa. Participó en el Circuito Nacional Poetry Slam México y en diversos eventos en recintos culturales de Xalapa y Veracruz. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

Ayer

Ana Basilio

Ayer tus ojos volteados.

Ayer las ideas en nuestros trajes amarillos
cuando nos dijeron tamalitos rancheros.

Ayer pensé que mi gato era mi abuelo
y le di permiso de regañarme.

Ayer me enamoré de mi profe de química
y me aprendí en un día la tabla periódica para impresionarlo.
Me gustaba verle los pantalones apretados
y su carácter apretado debajo de su cabello tieso
con olor a gel.
Denos más tarea.
Sí, por favor.
Ahorita es ya.

Ayer Dafne le echó Miguelito a su esquite
y le conté que en la secundaria mis amigas y yo le escupíamos
a los de nuestros compañeros y nunca se dieron cuenta,
jamás nos confesamos.

Ayer llegué al fallo
y me harté de que me hables de música como si fuera una estúpida.

Ayer me desempolvé los dedos afuera de la casa
para encargarle al viento varios nombres.

Ayer caí en una letrina de hoyo
y casi muero ahogada entre tanta mierda como en 2021.

Ayer conocí a un ángel que me cobró doscientos pesos
por lamerle el ano.

Ayer me enamoré del conocimiento
y confundí admiración con deseo.

Ayer oí la flauta de Krishna mientras me bañaba
y tú pensaste que me drogaba a escondidas.

Ayer se me inflaron las tortillas en el comal
y me sentí una persona perfecta.

Ayer me sobornaron con dulces y gomitas
y me entretuve con una oración de azúcar
bajando del cielo,
hasta que entendí que mi tío engañaba a mi tía
con mi mamá.

Detesto el sabor adulto de las Chocoretas.

Ayer mi abuela me escondió la mayonesa
y dijo que me la agarraba de tarea.

Ayer las nalgas de los duendes asustados.

Ayer bola de metal encima de la mesa.

Ayer los niños me dijeron pinche gorda
y me rompieron la mochila frente a otros compañeros.

Ayer dejé de comer veintiún días
y me dijeron pinche flaca.
Un desconocido intentó violarme.

Ayer intenté suicidarme tres veces,
pero cuando me ahogaba en el fondo del mar dije:
siempre no, gracias.

Ayer soñé con dioses que no conocía.

Ayer fumamos piedra en un hotel de paso
con decoración de castillo
y creí entender la vida con 18 años en el pelo.

Ayer cumplí dos semanas sin coger,
ya puedo santificarme,
pídanme milagros.

Ayer sostuve a mi bebé recién nacida
y sentí un impulso por romperle el cráneo.

Ayer me dijiste que el ayer es una historia alterada
que nos contamos.

Ayer viajé otra vez al Estado de México para verte.
Pagué todo, y tú lloraste toda la noche por tu ex.

Ayer otra vez lloré contigo y nos comimos un ajo.

Ayer los pinches trastes que dejas sucios.

Ayer un pájaro carpintero no pudo picar el tronco frente a mí,
tuvo que esconderse debajo de la sombra.

Ayer Marcela y yo anduvimos bien hojaldras,
me leyó el tarot y vomité en sus plantas.

Ayer Dafne me dijo que le gustaría renacer en un gato blanco
y llamarse Coquito.

Ayer de repente ya no somos lxs mismxs.

Ayer miré penes por todas partes
y me bajó la presión afuera del metro.

Ayer compusiste una canción bien pectorra
y me obligaste a cantarla.

Ayer mentí que la canción me gustaba
para que otra vez no me la armaras de tos.

Ayer desayunamos pizza con coca
y Dafne me dijo que soy mejor que su papá.
Para mí eso es suficiente.

Ayer la cebollita caramelizada con salmón blanco.

Ayer ostiones a la Rockefeller
y un culazo, benditas sentadillas.

Ayer le rompí su casita a mi mamá con un martillo
y no pediré perdón.

Ayer Arca y vodka.
Me di en la madre cuando salté la barda de Fellini,
pero fui el power ranger que abrió la puerta.

Ayer hice llorar a cuarenta reos con mis canciones del Evangelio.

Ayer sobredosis verde y Bhagavata Purana.

ANA BASILIO (Poza Rica, México, 1992). Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana y Derecho en la Universidad Veracruzana. Es autora de *Éter para victimarios* (Ediciones Sediciones, 2019) y de las *plaquettes Manifiesto bacanal* (C.L., 2012) y *Alógena* (Astros, 2008). Parte de su trabajo aparece en *Escaparate de Poesía*, *Revista El Humo*, *FemFutura* y *Poetry Slam Madrid*, entre otras publicaciones. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

Alex*

Priscila Rosas Martínez

Escuchas sus risas, sabes que están afuera. Tragas saliva que te raspa la garganta, aprietas en puño las manos para evitar que tiemblen. En un segundo planeas lo que vas a hacer y cómo hacerlo: abrirás la puerta de la caseta, te acercará al lavabo sin mirarlos a los ojos, ignorarás lo que te digan y saldrás a toda velocidad. Una vez fuera, en público, no podrán hacerte nada.

Respiras hondo, cuentas hasta tres y das un paso adelante. Te acercas a la llave del agua y te enjabonas sintiendo sus miradas como alfileres en la nuca. No necesitas voltear la cabeza para saber de quiénes se trata: José, Cristian, Santiago. Los mismos de siempre. Están hablando demasiado alto, con la intención de que los oigas. Repiten una y otra vez aquel nombre que ya te cansaste de corregir.

—El baño de niñas está del otro lado, mi amor.

—Está ciega, ¿qué no ves que trae lentes?

—Se metió al de niños a propósito, es que quiere vernos el pito.

Explotan en risas y te los tragas, todos los comentarios te los tragas. Te das la vuelta y casi corres hasta la salida, pero se plantan ante la puerta para bloquearte el paso. Eso no lo previste.

—Si querías vernos el pito, nada más tenías que pedirlo —José hace ademán de bajarse el *short*, pero se detiene al ver tu cara de espanto.

* Este cuento forma parte del libro *Inevitable* (Instituto de Cultura de Baja California, 2023).

—¿No se te antoja? ¿Entonces por qué siempre te equivocas de baño? —pregunta.

—No me equivoco —respondes.

—¿Ah, no?

Cristian y Santiago te agarran de los hombros. José se te acerca más rápido de lo que puedes reaccionar y de un solo tirón te baja los pantalones.

Sus gritos son tan fuertes que te ensordecen. Te sueltan los brazos, y los pies se te enredan con el dobladillo del uniforme. Caes al suelo de nalgas y se ríen todavía más duro. Miran desde arriba tus piernas desnudas y señalan tu calzón como si fuera el descubrimiento más ridículo del planeta. Percibes cómo tu cara se enrojece y la vista se te nubla por las lágrimas, mientras ellos siguen empujándose, golpeándose, gimiendo como animales, pagándose las apuestas. Pero no vas a llorar. No ahí, no les darás esa victoria. Te pones de pie y, en el solo microsegundo que dura un pensamiento, confrontas una decisión que fragmenta tu mundo en tres posibilidades:

Uno.

No dirás nada. Sólo te subirás el pantalón, los apartarás a empujones de tu camino y saldrás del baño con la vista clavada en el suelo. No comentarás lo sucedido con nadie. Así es como has hecho las otras veces, así es como has aprendido a paliar los problemas con los mismos tres compañeros.

Te encontrarás con Yadira en el pasillo; la maestra de química la habrá mandado a buscarte porque tardabas demasiado. Al observar tu expresión, te preguntará si ha ocurrido algo. Considerarás decirle, pues Yadi es tu amiga —tal vez la única amiga que tienes en toda la secundaria— y puedes confiar en ella, pero prefieres dejar las cosas como están.

—No pasó nada —le mentirás—. Es que algo me cayó mal.
—La seguirás al salón.

No podrás prestar atención lo que resta del día porque serás más consciente de la incomodidad que te produce tu propio cuerpo. De pronto te parecerá que el suéter que llevas puesto no es lo suficientemente holgado para ocultar aquello que es parte de ti, pero que no te pertenece. Te arrepentirás de no haberte puesto más ropa debajo del pantalón. Tendrás adolorido ahí donde te tomaron por la fuerza, seguro de que vas a encontrar marcas que tendrás que ocultar a tus padres.

A la hora de la salida sentirás sus miradas sobre ti otra vez. Entre el lío de estudiantes que guardan sus libros, se despiden y se dirigen al pórtico, sus ojos encontrarán los tuyos, y te harán muecas, señas obscenas, seguirán con el juego a sabiendas de que te quedaste callado. Sabes que si los acusas ante algún docente por lo sucedido en el baño, se ganarán una amonestación, con suerte los suspenderán por un par de días, pero después regresarán con los ánimos recargados. Te seguirán, te torturarán, se vengarán todo lo que quieran, y lo único que hará el director del colegio es acusarte de habértelo buscado. Concluirás que no vale la pena.

Así es como te convencerás de que lo mejor que puedes hacer para evitar que se repita es no ir al baño en absoluto, no mientras estés en la escuela. No puedes entrar al de mujeres, y si ahora tampoco al de hombres, entonces te aguantarás hasta que llegues a casa. Y para que no te den ganas, no tomarás agua. Y para que no te dé sed, no comerás nada. Te dirás que son ocho horas de clases, el mismo tiempo que pasas dormido, por lo que te convencerás de que puedes aguantarlo.

A partir del día siguiente, empezarás a regalar tu lonche y si no encuentras quién lo quiera, a tirarlo. No podrás volver con él a casa: tu mamá te preguntaría por qué no te lo has comido y no

podrías mentirle por siempre. Al principio pasarás bien el hambre, pero tendrás problemas para aguantar la sed; sobrellevar las horas de calor sin consumir una gota de agua se irá tornando más y más difícil conforme avance el verano. Durante los recesos, preferirás quedarte dentro del salón, aun si estás solo, porque Yadira te dejará para salir a besarse con su novio detrás de los árboles.

Pero durante las clases de educación física el maestro te hará correr, brincar, jugar básquet, siempre con el equipo de las niñas, aunque te rehúses. Al inicio te creará el pretexto de que estás enfermo, pero luego de dos sesiones te amenazará con reprobarte si no participas. Te animará a quitarte el suéter, pero insistirán en quedártelo a pesar de los treinta y ocho grados centígrados.

Cierta clase, los pondrá a dar vueltas a la cancha mientras él hace unas llamadas. Será tu tercera semana sin probar bocado en la escuela; orgulloso, pensarás que te has mantenido sin problemas hasta que, después de la cuarta vuelta, la vista se te empiece a nublar. Sentirás una presión en las sienes, las piernas se te volverán gelatina y perderás el control de la respiración. No serás consciente del momento en el que te des contra el piso. Cuando vuelvas a abrir los ojos, tendrás un círculo de rostros observándote desde arriba con diversión y querrás desaparecer, evaporarte de alguna forma mágica. El profesor llegará, te hará algunas preguntas, pero ignorará tus respuestas y, sin consultarte, le hablará a la ambulancia.

Tu mamá llegará al hospital porque la habrán llamado de la escuela. Pedirá verse con la persona que atendió a su hija. Luego se corregirá y dirá que a su hijo. Luego sucumbirá ante la mirada del recepcionista y terminará por referirse a su hija. Una doctora la llevará contigo, le hablará de malnutrición, de deshidratación, de golpe de calor, y con cada palabra tu madre te volteará a ver con el rostro atravesado por la confusión, consciente de que no

puede comprender muchas cosas de ti. Para rematar, mencionará tu otro «problema», y tanto ella como tú se tensarán.

—Se le llama disforia —dirá la médica—, es muy común hoy en día. Pero no se preocupe, ya existen todo tipo de tratamientos.

Le pasará el contacto de un psiquiatra, te recetará un suero y les dará permiso para irse. Una vez dentro del auto, tu mamá se quedará con las manos en el volante mucho rato, sin girar la llave, sin saber a dónde ir ni qué hacer. No te regañará, no te cuestionará, no te preguntará nada, porque ni siquiera sabrá qué preguntarte. Tú tampoco dirás nada, porque no tendrás claro si hay algo que explicar. Pero sentirás lo que está por suceder: terminarán dirigiéndose a casa, tu madre tendrá que decirle todo a tu padre y él tomará la decisión sin escuchar uno solo de tus argumentos. Por la tarde marcarán al consultorio psiquiátrico y tendrás cita para el final de esa misma semana.

Cerrarás los ojos, la impotencia te oprimirá el pecho y te hará un nudo en la garganta. No notarás que tu madre los ha cerrado también. Por dentro, ambos dejarán caer lágrimas unísonas.

Dos.

No dirás nada, no planearás hacerlo. Sólo te subirás el pantalón, los apartarás a empujones de tu camino y saldrás del baño con la vista clavada en el suelo. Pretenderás no comentar lo sucedido con nadie. Así es como has hecho las otras veces, así es como has aprendido a paliar los problemas con los mismos tres compañeros.

Te encontrarás con Yadira en el pasillo; la maestra de química la habrá mandado a buscarte porque tardabas demasiado. Al observar tu expresión, te preguntará si ha ocurrido algo. Considerarás decirle, pues Yadi es tu amiga —tal vez la única amiga que tienes en toda la secundaria— y puedes confiar en ella, así que lo haces.

Le relatarás lo que acaba de suceder en el baño de hombres. Yadi te escuchará con una mezcla de horror y preocupación en el rostro. Te abrazará cuando termines de hablar y te prometerá ayudarte a hacer justicia, ofreciéndose a ir contigo a la oficina del director en cuanto terminen las clases. Volverán al salón y tú sentirás confianza renovada, contento por haberte displayado con tu amiga. No podrás prestar atención lo que resta del día porque empezarás a planear qué es lo que va a suceder cuando estés frente a la autoridad, qué vas a decir y cómo decirlo.

A la hora de la salida sentirás sus miradas sobre ti otra vez. No voltarás a verlos. En su lugar buscarás a Yadi entre el lío de estudiantes que guardan sus libros, se despiden y se dirigen al pórtico, pero no aparecerá por ningún lado. Sus amigas te dirán que se ha ido temprano porque el novio la ha invitado por una nieve. Ya sabes cómo es ella, pero la falta de sorpresa no evitará que te sientas decepcionado. En la noche te mandará un mensaje ofreciéndote disculpas. Acordarán plantarse en la oficina del director al siguiente día y decir lo que haya que decir, sin falta.

Sin embargo, en cuanto pises la escuela por la mañana notarás que algo habrá cambiado. Las miradas de todos los estudiantes estarán sobre ti, lo que no será normal, pues sueles mantener un perfil bajo. Empezarán a chismorrear a tu alrededor, al principio de manera discreta y luego cada vez más alto, casi con irreverencia. De esa forma te enterarás de lo que están hablando y por qué de un momento para otro serás el centro de atención: se habrán enterado del incidente en el baño del día anterior.

Todo el rato sentirás ganas de vomitar. Encontrarás difícil soportar las miradas sobre ti, sobre tu rostro, tu cuerpo. Querrás esconderte en alguna parte y pasar ahí las clases que quedan, pero no sabrás dónde y los baños ya no serán opción. Yadira, tu única amiga, te rehuirá todo el día: con eso te dará a entender lo

sucedido. Le habrá contado al novio, no con malas intenciones, sino a manera de chisme, sobre tu encuentro con José, Cristian y Santiago. El novio, al parecerle gracioso, lo habrá platicado con sus amigos por la noche, quienes habrán platicado con otros amigos, que se habrán encargado de hacerlo saber a toda la escuela.

El asunto llegará a oídos de los profesores, quienes en algún momento del día le harán saber al director. Este, sin embargo, no pronunciará una sola palabra. No esperarás otra cosa; desde la dirección ya te habían advertido que no traer el uniforme de falda y seguir entrando a los baños para hombres te traería problemas. El resto de los docentes también se quedará al margen, pues su poca familiaridad con temas que nadie les enseñó provocará que no sepan cómo abordarte ni con qué argumentos detener a los demás.

José, Cristian y Santiago considerarán este silencio como una luz verde. A partir de entonces te esperarán siempre a la salida, listos para hacerte señas fálicas cada que volteas. Convencerán a los demás de que eres un perverso que entra a los dos baños para mirar de todo. Te llamarán lesbiana y también gay. Instarán a tus compañeros de clase a que se refieran a ti por el nombre que aparece en las listas de asistencia, no por el nombre con el que te presentas. Cada que puedan se acercarán a levantarte el suéter, con el pretexto de querer comprobar lo que tengas bajo la camisa. Cuando te descuides, patearán tu mochila; cuando no mires, rayarán tu mesabanco; cuando les falten, se quedarán con tus materiales, y para fin de mes no contarás con nada. Nadie los detendrá. Todo lo que hará el resto será quedarse viendo cómo te enjaulan, entretenidos con el fenómeno de circo en el que te han convertido.

La maestra de química te enviará un reporte por incumplimiento. Le seguirá el profesor de matemáticas, la de español, el de historia... Hablarán de ti en las juntas, de cómo eres el alumno más flojo y antipático con el que se han topado. Terminarás citado

a la oficina del director por tus bajas calificaciones. Te hablará de responsabilidad, de disciplina, de amor por el aprendizaje y de más cualidades de las que, según él, careces. Amenazará con citar a tus padres, cosa con la que cederás y prometerás mejorar.

Pero saldrás del despacho sabiéndolo mentira. No mejorarás porque ni siquiera desearás estar ahí. No querrás ir un solo día más a la escuela, pero no sabrás cómo convencer a tus padres para que no te lleven, pues cada que les cuentes tus problemas, te regañarán por no saber defenderte y omitirán la razón por la que tendrías que defenderte en primer lugar. Sentirás que te has quedado solo: Yadira ya no te hablará, en tu salón nadie compartirá contigo, los profesores se harán de la vista gorda tanto como tus papás. Sentirás que estás solo en la casa, en la escuela, en el mundo.

Aquel día encontrarás el valor que te faltaba. Sacarás del fondo de tu mochila la bolsita con antidepresivos que le habrás ido hurtando a tu mamá, semana por semana, para cuando el momento llegara. Te dirigirás al baño, te encerrarás en la misma caseta y, con menos miedo del que pensabas que tendrías, te las tragarás todas de una sentada.

Tres.

Considerarás no decir nada, subirte el pantalón y salir del baño con la vista clavada en el suelo. No tendrías por qué comentar lo sucedido con nadie. Así es como has hecho las otras veces, así es como has aprendido a paliar los problemas con los mismos tres compañeros. Pero en el fondo, ese interruptor que la clase de Formación Cívica y Ética te hace mantener apagado se encenderá y te invadirá una ira que se alimentará del hartazgo, la frustración y la falta de opciones. La dejarás fluir, escucharás ese algo en tu interior que insiste en no hacer lo correcto. Te pondrás de pie y, sin

que te des tiempo para reflexionar, estamparás tu puño contra el tabique de José estando todavía en calzones.

Pararán de reír. Cristian y Santiago te mirarán con la boca abierta. Después mirarán a José, a quien le empezará a salir sangre de la nariz. Por un momento pensarás que te responderá el golpe y tus músculos se contraerán, pero en lugar de eso te devolverá la mirada casi con una sonrisa. Sabrá que la has cagado. Sabrá que el solo hecho de tener sangre en la cara pondrá las cosas a su favor, sin importar qué lo haya provocado. Saldrá del baño gritando aquel nombre que no es tu nombre, llamando a todo mundo fuera para ver lo que le hiciste, con Cristian y Santiago pisándole los talones.

Te quedarás congelado frente al lavabo, tratando de entender lo que acaba de pasar y cómo es que tu cuerpo se ha movido sin que se lo pidieras. Seguirás viéndote al espejo hasta que, unos minutos después, llegue el prefecto y te encuentre con el pantalón abajo. Te pedirá que te arregles la ropa y que lo sigas hasta la oficina del director. Se encontrarán con Yadira en el pasillo; la maestra de química la habrá mandado a buscarte porque tardabas demasiado. Observará cómo sigues los pasos del prefecto sin entender lo que sucede, pero como Yadi es tu amiga —tal vez la única amiga que tienes en toda la secundaria— percibirás que te desea suerte en silencio.

En la oficina ya estará esperando José, con un tapón en la nariz y una mueca de falso dolor. Decidirás dejarlo contar su versión de la historia, acerca de cómo él se alarmó al verte en el baño de niños y te pidió que salieras, no quisiste hacerlo, te advirtió que iría a buscar a algún profesor para que te sacara y tú respondiste golpeándolo. Asentirás ante todo. Predecirás que no tiene caso que los inculpes de ninguna otra cosa, porque, después de todo, será verdad que entraste a aquel baño y que, en efecto, le has pegado.

El director te presionará para que ofrezcas disculpas, pero te resistirás. Después de ver que no estás dispuesto a abrir la boca, dejará ir a José y se quedará a solas contigo. No te dirigirá otra palabra; en su lugar llamará a tu mamá y la citará de manera urgente.

Tu madre llegará pensando que te han hecho algo. La sonrisa, producto de verte entero y sin ningún rasguño, se borrará de su rostro al escuchar que has lastimado a alguien más. El director le hablará de bajo rendimiento, de indisciplina, de agresividad, y con cada palabra tu madre te volteará a ver con el rostro atravesado por la confusión, consciente de que no puede comprender muchas cosas de ti. Para rematar, mencionará tu otro «problema», y tanto ella como tú se tensarán.

—Se le llama perversión —dirá el directivo— o ideología de género. Lamentablemente es muy común hoy en día. Causa que los jóvenes crean cosas que no son. Esto pasa cuando dejamos que nuestros hijos utilicen sin control las redes sociales.

A tu madre, que verá cuestionada su forma de educarte, le aparecerá una chispa en los ojos.

—¿Está diciendo que esto se debe a que no sé controlar a mi hijo?

—Pues si me lo pregunta, yo no veo que su hija —hará énfasis en esta última palabra— cumpla ninguna regla de esta escuela. Nunca trae el uniforme que le corresponde, se forma en la fila de los niños, se mete al baño de los hombres sin permiso...

—¿Y por qué no puede traer el uniforme o entrar al baño que quiera? ¿En qué les afecta? —cuestionará tu madre con nueva valentía.

—Porque las reglas son las reglas, y el reglamento dice que las niñas...

—No soy una niña —lo interrumpirás, aunque el director te ignorará y seguirá adelante.

—El reglamento dice que las niñas están obligadas a traer falda y llevar su pelo largo. Ahora, lo del cabello lo podemos perdonar porque, pues, las modas...

—Pero no entiendo por qué no la pueden tratar como ella... como él quiere —notarás que a tu madre le cuesta todavía, pero seguirá intentando—. Si el problema es por tener a un varón más en la matrícula...

—La niña está inscrita como niña —zanjará el director—, y hasta que usted no me traiga un acta de nacimiento donde diga lo contrario, aquí se le seguirá tratando como lo que es.

Tu madre no necesitará escuchar más. Detendrá la discusión ahí, le pedirá que eliminen tu expediente y le dirá que no te presentarás más a la escuela, que puede quedarse tranquilo. El hombre, que de inmediato gestionará lo que le piden, no intentará retenerte, pues le representará un problema menos. Atravesará el pórtico por última vez, aturdido por la velocidad con la que habrán ocurrido las cosas, pero sin mirar atrás porque en realidad no extrañarás a nadie, ni siquiera a Yadi.

Una vez dentro del auto, tu mamá se quedará con las manos en el volante mucho rato, sin girar la llave, sin saber a dónde ir ni qué hacer. No te regañará, no te cuestionará, no te preguntará nada, pero comprenderá muchas cosas sobre ti que nunca has sido capaz de explicarle con éxito. Tú tampoco dirás nada; una calidez que no habías experimentado antes ocupará tu pensamiento.

No imaginarás lo que sucederá después: terminarán dirigiéndose a casa, tu madre tendrá que decirle todo a tu padre. Te castigarán un mes por haberle pegado a un compañero y, sin otra opción, decidirán cambiarte de escuela. La semana siguiente comenzará tu vida en otro colegio. Nadie te conocerá, nadie tendrá ninguna idea sobre ti y tú podrás presentarte con tu nombre sin

problemas. A la directora no le importará el uniforme que lleves, al baño que entres ni lo que diga tu acta de nacimiento.

Nadie pensará que estás confundido porque eres adolescente ni que eres pervertido por vestirse como te gusta. Tendrás amistades, no sólo la compañía de una persona que te dejaba por irse a besar con su novio detrás de los árboles. No habrá un José, un Cristian, un Santiago; alguno que otro compañero te molestará, pero cuando suceda, los maestros le pondrán un alto. Hablarán de ti en las juntas, de cómo rindes, de cómo mejoras. Desecharás las ideas que te perseguían todos los días, bajitas, discretas, con las que vivías como música de fondo, y por fin creerás que no hay nada de malo contigo.

Ese día, de vuelta en el auto, tu madre encenderá el motor y saldrán del estacionamiento de la escuela. Mirarás el paisaje correr por la ventana. Tu madre tendrá la vista fija en el camino. Sin darse cuenta, ambos dejarán escapar una sonrisa.

Sus gritos son tan fuertes que te ensordecen. Te sueltan los brazos, y los pies se te enredan con el dobladillo del uniforme. Caes al suelo de nalgas y se ríen todavía más duro. Miran desde arriba tus piernas desnudas y señalan tu calzón como si fuera el descubrimiento más ridículo del planeta. Percibes cómo tu cara se enrojece y la vista se te nubla por las lágrimas, mientras ellos siguen empujándose, golpeándose, gimiendo como animales, pagándose las apuestas. Pero no vas a llorar. No ahí, no les darás esa victoria. Te pones de pie y, en el solo microsegundo que dura un pensamiento, confrontas una decisión que fragmenta tu mundo en tres posibilidades.

Ni siquiera lo dudas.

PRISCILA ROSAS MARTÍNEZ (Mexicali, México, 1999). Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Baja California. Es autora de *Inevitable* (Instituto de Cultura de Baja California, 2023).

The Pierre

Rodrigo Ramírez del Ángel

Escogió Nueva York aunque no lo conocía en la vida real. Era la quinta vez que saltaba desde la punta del hotel The Pierre, justo frente al Central Park. En cada una de las cuatro simulaciones anteriores su porcentaje de éxito se acercaba al cien, por lo que había decidido llenar el formulario correspondiente para que la empresa le comprara su boleto de avión. Era otoño dentro de la simulación. Lo escogió así por una película cursi sobre una pareja que se reencontraba muchos años después de manera fortuita en esa ciudad y en esa época del año. Sintió náuseas al verla y pensaba que morir ahí sería la forma ideal de olvidar esa película. Mientras caía, el olor al musgo del follaje ambarino le llenaba los pulmones. En el aire vio a un hombre caer paralelo a ella. Ya había compartido simulaciones previas. El sacrificio en el Templo Mayor o ser crucificado junto a una figura virtual de Jesús eran tan requeridas que los usuarios suelen morir rodeados de otros suicidas. Cuando la ataron a un poste desnuda y lanzaron una lluvia de flechas sobre ella estuvo acompañada por otros interfectos que en su escarmiento proferían gritos agónicos más energicos que los suyos. Se sintió juzgada y terminó la simulación con un porcentaje de predicción de éxito menor de setenta. Ese número le pareció bajo: la posibilidad de intentar matarse y fracasar le aterraba. Cuando encontró que Nueva York en otoño, en la cima de ese edificio, era una simulación exclusivamente para ella, sus porcentajes subieron acercándose al

100. «Soy una suicida solitaria», pensó. La certidumbre de perfeccionar su muerte le daba tanta tranquilidad que más de una vez se descubrió con una sonrisa en la cara.

El hombre que caía junto a ella, que rompía su soledad, ignoraba su presencia. «Tiene la mirada triste», pensó mientras los cabellos de ambos revoloteaban. «Bueno, ¿aquí quién no tiene la mirada así?», se dijo. Vislumbró una pequeña lágrima que escurría para arriba al salir de su compañero de suicidio, y al ver que la gota se separaba de él, un impulso por salvarlo surgió en ella. Movi6 los brazos para acercarse, como si nadara, sin tener idea de qué haría en el momento de tenerlo en sus brazos. A centímetros de tocarlo, ambos chocaron con el piso y ella despertó. Se quitó los cables de sus sienes y con los ojos bien abiertos vio cómo la tapa gris del ataúd antisensorial se abría para mostrarle el cuarto aún oscurecido. El silencio sólo era roto por el leve meneo del agua tibia en la que flotaba. La puerta se abrió y el encargado, con un mohín de decepción, le dio el número: ochenta y cinco por ciento de probabilidad de éxito. Le sudaron las manos, no aceptaría nada abajo del noventa y siete. Esa caída jamás le había parecido tan larga ni tan cerca del fracaso. Con el verano a punto de terminar y el vuelo ya comprado por la empresa, sería imposible posponer su intento real un año más. «Tengo que simular de nuevo», le dijo enérgica al encargado. Él le recordó que por políticas de la empresa sólo se podía hacer una simulación a la semana.

Esperó con zozobra. Apenas podía probar bocado. Ese hombre de los ojos tristes había arruinado sus planes. Pasó la semana sin sonreír una sola vez y sin bañarse. Caminaba en un vaivén en el pasillo de su departamento y al final golpeaba la puerta del baño hasta que sus nudillos escurrían sangre. «¿Por qué quise salvarlo?», se decía entre cada golpe.

Regresó a Nueva York en otoño, a la cima del hotel The Pierre, con la brisa entre las hojas moribundas del parque, pero ahora estaba completamente sola. Con una lágrima en su mejilla y después de tomarse más tiempo de lo usual, saltó por sexta vez al vacío. Su pelo grasoso apenas y revoloteó. «Sesenta y ocho por ciento», le dijo el encargado. «¿Será que algo te está distrayendo?, porque estos números no son para nada prometedores». Salió aún escurriendo del ataúd y lo tomó del cuello de la camisa. «La semana pasada simuló un tipo», gritó, «uno de ojos tristes, sí, como los de todos nosotros, y saltó al mismo tiempo que yo. Necesito saber quién es y por qué escogió Nueva York en otoño». El encargado se negó a darle información aduciendo la confidencialidad de los suicidas. «Suelen ser personas muy reservadas», dijo acomodándose el uniforme.

Hizo tres simulaciones más y en cada una bajó su probabilidad de éxito. Derrotada, arremetió contra sí misma por no aprovechar a tiempo el éxito previo. La fecha establecida por la empresa para su partida a Nueva York se acercaba y ella cada vez se sentía más renuente al viaje. Después de su último intento, quiso escabullirse y adentrarse en la empresa para buscar algún registro del hombre de los ojos tristes. Distrajo al encargado diciéndole que algo estaba mal con el ataúd sensorial y mientras se puso en cuclillas para revisarlo, ella entró a la oficina desde donde se operaban las simulaciones. Era un cuarto con sólo un monitor y un zumbido que la ensordeció de inmediato. Antes de que pudiera acercarse a la computadora, el grito del encargado la detuvo. «Te salvas de que no te expulse del programa sólo porque has sido una clienta fiel», le dijo mientras la sacaba de ahí del brazo. Ya afuera, decidió plantarse cerca de la entrada de la empresa con la esperanza de ver al hombre de ojos tristes. Pasó esa tarde, la noche y la mañana siguiente oculta sin éxito. La empresa tenía locaciones en todo el

país y pensó en trazar una ruta para recorrer todas, pero aun así le parecía poco probable que se lo topara.

Las vueltas que daba en su departamento incrementaban de velocidad. Sus pasos golpeaban tan duro el piso que retumbaban por el pasillo. «Todo por querer salvar a ese pendejo», se dijo entre golpes a la puerta del baño. Acumuló tantos platos sucios en su cocina que prefería no comer. Y si lo hacía, era una media porción de avena y una papa hervida que preparaba en la misma olla sin lavar. El sabor no le importaba. Le perdió el sentido a la vida en el momento en que ya no pudo controlar su muerte. Ni siquiera ir al baño le parecía lógico, por lo que orinaba en botellas de plástico. La menstruación le escurría por las piernas. Durante las noches, sólo pensaba en aquel hombre, en la brisa virtual neoyorquina moviendo sus caireles y el vacío de su estómago justo antes del golpe final. Arañaba las colchas por el temor de fracasar en su suicidio. La única amiga que aún la frecuentaba se acercó a ella. «Estás deprimida», le dijo. «Te tienes que atender. Dime qué te pasa y te ayudamos». Ella negó con la cabeza. «¿Es por algún hombre?». «No», respondió. Era mentira.

Había escuchado los rumores. Los suicidas no son asiduos al chisme, pero se decía que la empresa, una vez aprobado el permiso para el suicidio, era enérgica en ejercer la petición. Eran los únicos con el permiso gubernamental para proveer suicidios y el riesgo de perderlo los forzaba a ser estrictos. Se sabía de suicidas al borde de las lágrimas, temerosos de morir, suplicando absolución y, sin embargo, todos intentaron morir. Pocos fallaron. Ella estaba recluida en su apartamento con el tipo de ojos tristes en su mente, entre pilas de basura y con cajas llenas de botellas de sus orines, temerosa de fracasar en su muerte y seguir viva pese a su voluntad, cuando, después de unos golpes en la puerta, tres encargados con el uniforme de la empresa la

tumbaron. Ya era octubre: la fecha de su vuelo había llegado. La obligaron a bañarse y vestirse, y la llevaron al aeropuerto en una camioneta del mismo tono gris del de los ataúdes antisensoriales. Ella apenas opuso resistencia. Los encargados le advirtieron que no permitirían fallas: «Tenemos ojos en todas partes», le dijo uno de ellos.

Llegó a Nueva York un cinco de octubre, la fecha álgida del otoño en la ciudad. Después de visitar el Met y subir el Empire State sintiendo absolutamente nada, caminó al parque. El crujir de la hojarasca era idéntico al de las simulaciones. La cima de los edificios parecía desvanecerse entre el cielo y las nubes. Se detuvo bajo un árbol de corteza húmeda. Miraba a la gente pasar. «Alguno de ellos será un encargado», se dijo. Una hoja anaranjada cayó frente a ella bailando entre el frío de la ciudad. «Está muerta», pensó, «sola se ha tirado del árbol para morir». Nadie a su alrededor prestó atención a la hoja suicida, a sus caminatas, a los zapatos aplastando a otras en el suelo. Se imaginó como una de esas hojas muertas y su pecho fue invadido por una tibieza que hizo que de la resignación pasara al arrojito.

Como lo había simulado, dentro del hotel The Pierre se escaulló de los encargados de la recepción y llegó hasta el elevador de carga. Al abrir la puerta que da acceso a la azotea, notó que el frío era más fuerte de lo que recordaba, pero la brisa en su cara le aseguró que la probabilidad de éxito sería cercana al cien. Así tenía que serlo. La ciudad respiraba con el barullo del tráfico. El sol se ponía entre los edificios erráticos. Escuchó un grito de alerta. Sus piernas se tensaron. «Es el momento», se dijo. No iba a permitir que alguien interrumpiera su suicidio. Se quitó los zapatos. Dio tres zancadas y su figura desapareció frente al borde del edificio.

El hombre de los ojos tristes corrió hacia ella. Era demasiado tarde. Se talló la cara. «Tanto esfuerzo», se dijo entre dientes, «tanto tiempo».

RODRIGO RAMÍREZ DEL ÁNGEL (Veracruz, México, 1985). Ha sido becario del PECDA Nuevo León y del Centro de Escritores de Nuevo León. Coescribió el guion del cortometraje *Cómo hacer una nube*, basado en un cuento de su autoría. Ganó el premio Nuevo León de Literatura 2020 con su novela *Dinero para cruzar el pueblo* (CONARTE, 2021) y el Premio Nacional de Cuento Corto «Eraclio Zepeda» con su libro *Tesis de la soledad*.

Poemas y apuntes

Valeria List

Bonsái

Dijo que su bonsái no necesita cuidados especiales
sólo su agua y su masaje.

Pienso en la palabra *masaje*.
Me desconcierta imaginar a mi amigo
masajeando las ramas
como si fueran la espalda de una mujer.

Por más que paseo la imagen, no la entiendo.
¿Por qué un árbol necesita eso?
Uno domado para caber en un buró.

*Es para quitarle las hojas, me explica
porque como no le da el viento,
no tiene un modo natural de limpiarse.*

*Limpiarse, entiendo
pero me parece muy humano también.*

Las abejas no son para volar, me dijo mi mamá una vez. Por eso se ven pesadas, errantes, torpes, vuelan lento y mal. Se elevan contra la ley de lo que debe ir por la tierra. Ignorantes del error, simplemente mueven las alas. La falla ergonómica también está en los humanos: no estamos hechos para la quietud. Luego de un par de horas sentados en una oficina, la espalda y el cuello duelen, el jugo donde los huesos se juntan se empieza a secar.

Han nacido remedios al sedentarismo. El yoga fue inventado por un sabio que vivía encerrado en el palacio de su mecenas. Mezcló la gimnasia sueca con el entonces incipiente baile contemporáneo y creó una serie de movimientos que son replicados en Occidente bajo la creencia de que son orientales y tienen miles de años de antigüedad.

Queremos creer que venimos de una tradición que se ejercita. Pero el ejercicio es nuevo. Las dos o tres posturas que los yoguis heterodoxos ejecutaban servían para venerar a un dios que se metía en las casas de las mujeres núbiles para robarles la virginidad. Pero en la rama ortodoxa el cuerpo no era importante: mejor aplacar al demonio del ansia, transformar la urgencia en devoción.

La actividad física era necesaria para sobrevivir. *Ejercicio* en el *Diccionario de autoridades* significaba *ocupación*. Tenemos pies arqueados para cruzar senderos irregulares y somos capaces de realizar caminatas largas a pie. Pero los medios de transporte frenaron la necesidad de andar. Por eso se inventaron carreras de kilómetros, la gente paga suscripciones a gimnasios y los gobiernos estatales crean pistas de tartán. Podrá parecer ridícula la mecanización y el cobro de algo tan natural como el movimiento, pero aún lo es más quedarse quieto.

Mujeres océano

De los hombres océano explica Victor Hugo
que cambiaron el curso de la historia
o que, sin ser los pioneros en algo
fueron los que lo hicieron mejor.

Julia de Burgos militaba en el partido feminista
para que las mujeres tuvieran derecho a votar.
Su novio la presentaba en las reuniones como amiga.

Simone de Beauvoir da opiniones en su biografía
sin omitir nunca antes la opinión de Jean Paul.

El esposo de Hilde Domin quería escribir poesía
ella lo hacía mejor
él la empezó a engañar.

Delmira Agustini se divorció
y su exesposo volvió para matarla.

Mujeres océano en cambio
tendría que ver algo
con hundirse.

La presentación de *Pomelo* por John Lennon es una línea que dice
«Les presento a Yoko Ono». Luego de leerla, se crea el silencio de
una broma fallida. La presentación podría ser uno de los ejerci-
cios que el libro propone: *Presenta a una escritora sin decir nada
sobre ella. Presenta a una mujer con la firma de un hombre.* El
apellido de Lennon es tan grande que su sola firma basta para
legitimar un proyecto. El hombre murió y dejó una masa de pú-
blico furiosa con la mujer que amaba. En verdad lo que esa gente
piensa es que basta una mujer de poca estatura para que un grupo
de cuatro hombres deshaga el rumbo de su vida. Son los mismos
que en vez de decir «Francia invadió Rusia», dicen «Napoleón».

Papá se deshace de sus libros

El partido comunista en México
Gramsci y el bloque histórico
No es tan difícil leer a Marx.

Ya no quiere pilas que no va a releer.
Desde que se retiró, la teoría se le volvió ociosa.
Ahora busca espacio para materiales.
Sus mesas están llenas de barro
pedazos de plastilina, espátulas.

Lo único que lee ahora son novelas.
Esculpe pliegues de barrigas
y rostros que le llaman la atención.

Un día le pregunté si podía
tomarle fotos a sus esculturas
y subirlas a Internet.
Puso cara de escéptico
dijo
como para qué.

Todavía no voy a esquiar

Empecé tarde. Tenía veintipocos. Quizá no era tan tarde, pero cuando conocí a las personas de mi generación que escribían, me di cuenta de que habían empezado mucho antes. Había, pues, muchos precoces. Conocían a poetas de generaciones arriba de la nuestra, sabían quiénes habían ganado premios, cosas así. Yo no sabía nada de eso. Empecé a escribir porque en la carrera me fui de intercambio a Viena, y nunca había sentido tanta infelicidad. La ciudad, su clima y su gente me deprimieron. Cuando volví a México, luego de cinco meses, me di a la tarea de escribir lo que en mi mente llamaba «un poema largo». Era una especie de poema-crónica sobre mi viaje. Se llamaba «Nunca fui a esquiar». Pensaba retratar ahí no sólo mis impresiones del país centroeuropeo, sino mi personalidad apática y miedosa. Era un entretenimiento y una necesidad: ya no tenía muchas clases de la carrera, así que me levantaba todos los días en pijama y me sentaba a escribir en la computadora. Ahora anhelo ese impulso irreflexivo. Creo que mi escritura con el tiempo ha crecido, pero también se ha llenado de prejuicios, de expectativas, de críticas. Todas provenientes de mí.

A veces logro quitarme esas voces. Cuando llego a un estado de gracia, por llamarle de algún modo. Llego cuando leo poemas

mucho tiempo. Una temporada me pareció estar ahí, en ese equilibrio, esa salud y ese olvido de las tonterías porque iba dos veces a la semana a un centro de meditación. No es difícil escribir poesía. Lo difícil es estar en ese estado mental. Quizá tampoco es que sea difícil, sino que no depende enteramente de una misma. Es algo que viene también de afuera, como una iluminación. Se puede fomentar acercándose al arte, cultivando la paz mental.

Con «Nunca fui a esquiar» gané la primera beca de mi vida. Era para ir a un encuentro de jóvenes escritores en Acapulco. Ahí conocí a un par de amigos que se volvieron muy importantes para mi vida. Mi naturaleza puede ser huraña, me cuesta trabajo abrirme a nuevas personas. Actualmente se habla mucho de la comunidad, de pensar con los otros, de escribir en colectividad. No me lo tomo literalmente. Escribir siempre te conecta con otros porque implica leer mucho, y estás ahí, en diálogo y escucha con las voces de quienes escriben. Hay algunos poetas osados que se ponen al tú por tú con figuras que parecen cristalizadas porque han pasado muchos años desde su muerte. Como cuando Gonzalo Rojas dice «Y tú cállate, Verlaine». O como cuando Borges dice que le interesa un joven escritor: Virgilio. Me parece bien bajar del pedestal que el tiempo erige a figuras que en su época tuvieron una gran sensibilidad, pero no eran monumentos. López Velarde, por ejemplo, era un sujeto muy tímido que iba a las lecturas de poesía y nadie le hacía caso cuando le tocaba pasar.

La verdad es que he escuchado a algunos poetas aspirar justamente a ser encumbrados. Eso, por ejemplo, jamás se lo he escuchado decir a ninguna mujer. Quizá porque hasta hace muy muy poco, se sabía que eso era difícil, que las figuras importantes, las que llegaban a un grado muy elevado de reconocimiento y poder, no éramos nosotras. Sentí entusiasmo por poetas que no eran tan conocidos, como Lorenzo García Vega o Francisco Brines. También leí mucho a

Juan Carlos Onetti, que me parecía un auténtico exiliado del *boom*. Quizá voltear a estos autores es otro tipo de idealización. Pero esa búsqueda me permitió, justamente, valorar a las poetas mujeres. Los últimos años de universidad me dediqué a leer a algunas, como Juana de Ibarbourou, Marosa di Giorgio, Isabel Quiñónez, Alfonsina Storni y Sara de Ibáñez. Antes buscaba con avidez, iba a bibliotecas y a librerías de viejo. Pero este año, justamente, pensé que quizá es un buen momento para disminuir el frenesí de descubrimiento y aumentar la voluntad sesuda de las relecturas.

VALERIA LIST (Puebla, México, 1990). Estudia el doctorado en Literatura Latinoamericana en la UNAM. Su primer libro de poesía, *La vida abierta*, ganó el Premio de Poesía Joven de la UNAM (2019). Publicó *Calgary* (Editorial Sombrario, 2022). Ha sido becaria del FONCA Jóvenes Creadores, de la T.S. Eliot Summer School y del programa Ellipsis del British Council. Junto con sus amigas, fundó Ahuehuete. Oficio de Libros, un estudio de servicios editoriales.

Mirar

Solmaz Sharif

Efectos personales

Como las pistolas y los autos, las cámaras son máquinas de fantasía cuyo uso es adictivo.

SUSAN SONTAG

Coloco en el escritorio una fotografía de mi tío, lo que significa que aprendí a ignorarla. Él está parado junto a un tanque, el casco inclinado hacia la derecha, las agujetas de sus botas apretadas como si fueran los puntos de una herida. Viva, la mano sostiene un cigarro que no le veremos calar. Anoche fumé un cigarro en el pórtico de mi departamento. Una promesa que rompí a mí misma. Él se prometió que no lo haría y lo hizo. Oler mis dedos es oler los suyos. Manos de humo y pólvora. Manos que prometieron no hacerlo y lo hicieron.

* * *

Este álbum es un *límite de pérdidas*. Junto a la suave luz de una linterna o en la letrina él hojea.

Se ve a sí mismo
casi con la apariencia de ahora—
pero más cercano, entonces,
a quien pudo haber sido, aprendiendo
cómo sentirse cómodo en su cuerpo nuevo.
Suspendido ahí
por *orden permanente*,
anunciando los disparos sobre su pecho,
sus ingles. Se encuentra *estacionado*
para que nosotros lo veamos, ¿lo veamos?
De pie bajo el sol de mediodía.

* * *

Un joven soldado (abajo retratado) hijo de un imam, hermano
de seis, se halla entre las bajas recientes de la campaña militar de
Susangerd.

* * *

todo tu cuerpo en una foto
todo tu cuerpo
sentado en una zanja
presionando las cuencas de tus ojos
contra la mira
de una bazuca
de rodillas balanceando
el tubo de metal sobre tu hombro
con el que guías una tira de municiones
hacia el interior del arma inactiva
orgullosa

con el codo hacia afuera como
a la mitad de un vals
tu fuerte
y delicada figura sostiene el arma
algo parecido a una sonrisa
arruina la foto.

* * *

Estás posando. Estás asustado.
Cae un cuerpo
y aprendes a pisar

una cabeza suelta. Comienzas a notar
el peso de tus suelas
cómo te impulsan,

cómo son capaces de patear una
cara—
el colapso

del dosel de una cama
durante un bombardeo aéreo,
mosquiteros empapados

en napalm— frágiles pómulos
como alas de polilla bajo el tacón.
Aprietas tus agujetas

hasta que puedan mantener de pie
a un hombre capaz.
Sin importar lo que te llueva,

el peso de tus pies
te columpia hacia adelante,
con el andar de ganso que mece

un cuerpo cada vez menos tuyo—
un cuerpo. De todos modos,
Dios sabe que eso no eres tú. Entonces las manos
que dijeron nunca lo harían
se encuentran

seguros de granada alrededor de sus dedos,
comienzan a repasar este álbum
con pólvora quemada bajo las uñas.

* * *

Felicitaciones y condolencias

Ellos dirían
Esa es la casa de un mártir
señalando con su nariz.
Esa es la madre de un mártir.

Construyen un museo
para los mártires.
Algunos estantes metálicos
un archivero blanco

con sus *efectos personales*.

Mi intención es crear

mi propio mito.
Él no quería tener
nada

que ver con eso.
Envuelto en blanco, marcaron

su cadáver, la punta de su nariz
asomándose bajo la sábana
o ensombrecida por la tapa del ataúd,
en las cercanías de Shah Cheragh.

* * *

La cama de su madre.
Una pena que no intentaremos consolar.

Yo lo maté, me dirá
años después. A la mierda

la guía celestial.

Yo lo maté, me dirá
rodeadas por las *tropas de pacificación*.

Él nos da la sorpresa, él vuelve,
con los ojos vendados, su torso cerrado
por un hilo negro, frío como máquina—

la pena es un área restringida
reverberando contra el tenedor sobre el plato
y otras músicas en olvido.

La ampliación del carnet de identidad
sobre la chimenea de su madre
significa que sólo puedo conocer a Amoo,
mi querido daño colateral,
como el Estado o una escuela podría conocerlo.

* * *

Cada fotografía es una ausencia,
algo que ya se ha ido, es decir,
un momento, a veces ciudades,
un bote turístico balanceándose
sobre una casa de dos pisos
a millas de la costa.

Nota del traductor

La poesía de Solmaz Sharif, especialmente *Look*, resulta un experimento de reescritura, pero, sobre todo, un estado de la cuestión de los procesos de evolución de la lengua; en este caso, un fenó-

meno del inglés íntimamente relacionado con la asimilación civil del pensamiento y habla militar.

Look —de donde provienen estos poemas— toma como punto de partida el *Diccionario de Términos Militares y Asociados del Departamento de Defensa de los Estados Unidos*, edición del 17 de octubre de 2007. Como suplemento de los diccionarios estándar del inglés, el diccionario militar se actualiza regularmente, específicamente, cuando se necesita. En este caso, la necesidad está determinada, entre otras cosas, por la presencia del término en el habla cotidiana.

Aunque por el contexto de los poemas este fenómeno puede parecer más o menos ajeno al español o a México, la verdad es que muchos de los términos son traducibles e, incluso, algunos son usados con cierta regularidad, particularmente en el mundo empresarial, de emprendimiento, *marketing*, política o *trading*. Por ejemplo, *stop loss* es una orden que determina la pérdida máxima que un inversor está dispuesto a asumir en determinada posición en el mercado. Gracias a este tope, el inversor sabe de antemano cuáles pueden ser las pérdidas máximas para blindarse frente a ello.

Sin embargo, también es cierto que muchos de estos términos, quizá la mayoría, sólo pueden ser traducidos como conceptos. En ese sentido, esta traducción también opera como una reescritura, probablemente operativa, que busca mantener viva la fuerza íntima del poema y asumir el ensamblaje —o la *ocupación*— de las diferentes voces que reflexionan sobre un mundo vivo.

Como coda a los poemas, incluyo los términos militares específicos y una traducción de estos.

Look: en contexto bélico, periodo durante el cual el circuito de una mina terrestre es sensible a influencias y puede ser activado.

Efectos personales: se refiere a las pertenencias de una persona, particularmente a los objetos que puede cargar consigo.

Stop Loss: orden que determina la pérdida máxima que se está dispuesto a asumir. En el contexto económico, se refiere a la cantidad máxima que un inversor está dispuesto a perder en determinada posición en el mercado.

Standing Order (en desuso): una orden general siempre vigente en un comando y que establece procedimientos uniformes. Procedimiento operativo estándar. Reglamento, procedimiento parlamentario. Las reglas que garantizan la continuidad del procedimiento durante las reuniones de una asamblea.

Spreading Fire: en el contexto naval, disparo de notificación para indicar que se abrirá fuego en la zona.

Celestial Guidance: la guía de una nave espacial o misil por referencia a la posición de uno o más cuerpos celestes.

Civil Affairs: soldados que operan en entornos hostiles, negados o políticamente sensibles utilizando tácticas, técnicas y procedimientos especializados.

Clutter: ecos permanentes, nubes u otros ecos atmosféricos en el alcance del radar percibidos en forma desordenada. Véase también ecos parásitos de radar.

Traducción de Andrés Paniagua

SOLMAZ SHARIF (Estambul, Turquía, 1983). Es egresada de la Universidad de Berkeley. Recibió el reconocimiento de la Rona Jaffe Writer's Foundation, Ruth Lilly and Dorothy Sargent Rosenberg Fellowships, así como la beca del Fine Arts Work Center de Provincetown. Su trabajo ha sido publicado en *Granta* y *New Republic Poetry*, entre otras revistas. Su primer libro es *Look* (Graywolf Press, 2016).

Si debo morir

Refaat Alareer

Si yo debo morir,
tú debes vivir
para contar mi historia
para vender mis cosas
para comprar un pedazo de tela
y algunos hilos
(que sea blanca y que tenga una cola larga)
para que el niño que en algún lugar de Gaza
mira el cielo a los ojos
esperando por su padre, quien se fue en un estallido
—y no se despidió de nadie
ni siquiera de su carne

ni siquiera de sí mismo—

vea la cometa, mi cometa, la que tú hiciste, volando arriba

y por un momento piense que un ángel está ahí

con el amor de vuelta.

Si yo debo morir,

que mi muerte traiga esperanza

que sea una historia.

Traducción de Andrés Paniagua

REFAAT ALAREER (Palestina, 1970-2023). Poeta y académico. Fue profesor de Literatura y Escritura Creativa en la Universidad Islámica de Gaza. Como editor, su obra abarca las antologías *Gaza Unsilenced* (2015) y *Stories from Young Writers in Gaza, Palestine* (2014), entre otras. En 2022 fue incluido en la antología *Light in Gaza, Writings Born of Fire*. Fue cofundador de *We Are Not Numbers*, organización sin fines de lucro dedicada a crear escritores y pensadores palestinos capaces de generar un cambio profundo por la causa palestina.

Libros y lecturas

Lolbé González

1. ¿Qué representa para ti un libro?

Como objeto tangible (libro físico) es un dispositivo para leer, a veces bellamente diseñado. Cuando es así, aporta mucho a la lectura. Es una de las formas más cómodas de leer. Más allá del objeto, es decir, pensando en el documento, me parece un registro de una forma de estar en el mundo en un momento determinado y desde cierto lugar.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

Creo que no tengo una vocación en sí, sino que hago muchas cosas. Pero si hablamos de escribir, puedo pensar en varios autores con diversas obras que respondían a mis inquietudes de cada etapa. Puedo mencionar *Mayo*, de Karla Marrufo; y más adelante *Explicaciones no pedidas*, de Piedad Bonnett; Claudia Ulloa (con *Pajarito*); Alfonsina Storni; Clarice Lispector; Enriqueta Ochoa; Susana Thénon, y Tamara Kamenszain.

3. ¿Qué te han regalado los libros?

Un mundo privado y también la ampliación del mundo.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

Mi mamá casi siempre tenía un libro, así que empezó como imitación. Tomaba libros del estudio y los leía un poco al azar. Era esa una forma de tratar de entrar. Luego me empezaron a gustar las historias. Comencé a leer novelas, principalmente, como una manera de hacerme una casa afuera de la casa de mis padres. Era esa una forma de salir.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

Rafa, el niño invisible, de Nuria Gómez. Se trataba de un niño que creía que se estaba volviendo invisible porque sus papás no lo veían. Al final descubre que no era invisible.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees un libro de uno y otro de otro?

Hago lecturas unitarias cuando alguna autora me atrapa y quiero descubrir por qué me está atrapando. También cuando quiero escribir algún artículo académico, lo cual no es tan frecuente. En tiempos recientes más bien voy dando saltos según me lo permite el tiempo.

7. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Procuró leer sólo lo que quiero leer a cada momento. Entonces, yo creo que de cada lectura se me queda algo que no sé qué es sino hasta el momento en el que reviso mis textos y digo: «Ah, a esto se le ve la raíz». En el caso de mi libro, me parece que es un coctel o una ensalada que tiene a tantas autoras tan diversas que temo enlistarlas, porque es claro que varias se me irían. En este momento pienso en Piedad Bonnett y en Susana Thénon, principalmente. Ojo: no digo que lo que escribo se les parezca, sino que, si sus

poemas fueran una coreografía, cuando yo he armado mis poemas me he cachado moviendo el piecito para seguirles el ritmo.

8. ¿Qué libros has releído?

La amortajada (María Luisa Bombal), *Las muertas* (Jorge Ibar-güengoitia) y *Memoria por correspondencia* (Emma Reyes). Varios de Freud, por temas de estudio.

9. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Este es el momento de mi vida en el que menos libros físicos he tenido porque mis gustos cambiaron mucho en los últimos cinco años. Diré que tengo 200, por mencionar un número, pero caben todos en un librero pequeño. En realidad, el 80 por ciento de mi biblioteca es digital. En mi librero físico conservo algunas novelas de literatura hispanoamericana del siglo XIX porque es una asignatura que di y están tan llenos de apuntes a los que les tengo tanto cariño que no los quiero dejar ir. La sección de poesía diría que es ahora la más activa y dinámica. Adquiero libros sobre todo de escritoras contemporáneas cuya poética me interesa, me inquieta o me da curiosidad.

10. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?

La última niebla (Bombal) y *El libro vacío* (Josefina Vicens). También *Memorias por correspondencia*, precisamente porque la autora hace un uso del lenguaje muy particular, conciso y vital. En cuanto a mis lecturas más recientes, podría mencionar *La herida en la lengua*, *Daniel. Voces en duelo* y *Matar a Platón*, de Chantal Maillard.

11. ¿Qué significa para ti publicar un libro?

La posibilidad de que lo que escribo llegue a lugares no tan cercanos a mí. Por otra parte, también está la experiencia de ver como unidad (a veces tangible) lo que durante tanto tiempo se construyó como fragmentos.

12. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Procuro hacerme de mi propio algoritmo tomando recomendaciones de personas que considero lectorxs interesantes. Entonces voy al acecho de sus lecturas y reviso si eso tiene algo que decirme a mí como lectora. En mi *playlist* actual voy dándole *repeat* a Estela Figueroa, Adília Lopes, Marília Garcia y Legna Rodríguez Iglesias.

13. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

Los de los casi siempre ñores que ostentan certezas acerca de lo que es la poesía, la literatura, la belleza y cosas así.

LOLBÉ GONZÁLEZ (Mérida, México, 1986). Maestra en Psicología Clínica por la Universidad Autónoma de Yucatán. Es docente en la licenciatura en Lengua y Literatura Modernas de la Universidad Modelo. Participó en las antologías *Yo quería llamarme Emilio, como tú, y otros poemas* (Grafógrafxs, 2021), *Blavatsky. Antología del taller de poesía de Grafógrafxs* (Grafógrafxs, 2022) y *Desgracia, ebriedad, locura y tal vez Illinois. Poemas de amor de Grafógrafxs* (Grafógrafxs, 2022). Es autora de *Quiscalus mexicanus* (Grafógrafxs, 2022) e integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

Libros y lecturas

Sebastián Rivera Mir

1. ¿Qué representa para ti un libro?

Desde mi trabajo como historiador del ámbito de la edición he escuchado y leído numerosas formas de referirse a los libros: su doble cariz de elemento simbólico y comercial, las posibilidades que abren para conectar con otras realidades o experiencias, su aporte a la democratización o a la participación, la necesidad de convertirlos en espacios de goce en contra de la obligatoriedad, entre otras opciones.

De todas estas formas de definir al libro, la que me ha parecido más fructífera para mi propia labor se relaciona con la necesidad de pensarlo como un espacio en disputa. Las definiciones que nosotros podamos otorgarle son finalmente manifestaciones de tensiones o procesos sociales, que buscan establecer determinadas nociones sobre lo que debe ser o no la cultura. Los libros son, en este sentido, parte de dichos conflictos, los que a su vez nunca dejan de estar en movimiento.

2. ¿Qué autores jugaron un papel fundamental en el desarrollo de tu vocación?

Coincidentemente, uno de los libros que marcó mi desarrollo profesional fue *La gran matanza de gatos*, de Robert Darnton. Estudiaba periodismo, sin muchas ganas, y la lectura de este conjunto de ensayos sobre historia cultural me abrió un campo que en ese

momento desconocía. En un principio mi atención se volcó sobre la historia en general, especialmente en el ámbito de la violencia y sus dinámicas culturales. Esto está en el centro de esos ensayos de Darnton. Pero después, con el tiempo, mi atención se fue moviendo hacia la historia de la edición y la lectura. Esto ya no tuvo que ver con algún libro en particular, sino con las experiencias de los propios sujetos que estudiaba, para quienes los materiales impresos eran parte central en sus actividades. En este plano, la obra del historiador Ricardo Melgar Bao fue otro momento clave: sus libros me permitieron comprender en buena medida cómo se produjo una relación estrecha entre la militancia política y las labores editoriales.

3. ¿Qué te han regalado los libros?

Desde mi perspectiva como historiador, los libros han sido una forma de comprender a la sociedad en su conjunto, sus problemáticas políticas, sus dinámicas culturales, sus movimientos sociales, entre otras variables. Por ello me parece compleja la actual concentración de lecturas en el ámbito académico a sólo aquellas que son útiles para la obtención de determinada calificación o necesarias para la elaboración de alguna tesis. Este reduccionismo en el ámbito universitario nos ha restado la posibilidad de emprender diálogos más amplios con otras disciplinas, con perspectivas ideológicas diversas o simplemente con quienes nos rodean. Contradictoriamente, la sobreproducción de libros o revistas que hoy atravesamos ha implicado la construcción de nichos de lectura cada vez más reducidos. Al contrario, si algo me han entregado los libros, es precisamente esa necesidad de avanzar sobre aquello que muchas veces está fuera de lo «útil» o de lo cómodo.

4. ¿Cómo te fuiste introduciendo en el mundo de la lectura?

Al igual que la mayoría de las personas que reconocen ser lectores, mi familia fue clave en este proceso. En mi casa solía leerse permanentemente de todo: el periódico, libros, cómics, revistas, el horóscopo. En esto concuerdo con la idea de que la lectura debe ser una actividad cotidiana, una forma de construir las relaciones sociales. Tengo mis dudas sobre la noción del goce como la única y exclusiva forma de promover la lectura, pero sobre la necesidad de que sea algo cotidiano, me parece fundamental.

5. ¿Qué libro que leíste en tu infancia sigue rondando en tu cabeza?

En algún momento de mi infancia tuve problemas de salud y estuve en cama varias semanas. Recuerdo pasar ese periodo leyendo una serie de libros infantiles muy comunes en Chile en esa época. La colección se llama *Papelucho*, de Marcela Paz, y cuenta las historias de un niño, como si fuera un diario de vida, en distintos contextos. Justo hay un par que se vinculaban a lo que estaba viviendo en ese momento. *Papelucho en la clínica*, por ejemplo, calzaba casi de manera precisa con mi situación. *Mi hermana Ji* es otro de los títulos de la serie y justo una de las formas que usaba para llamar a mi propia hermana se parece al «Ji» de la hermana de *Papelucho*. Eran varias las coincidencias que aún me siguen llamando la atención. De hecho, aunque en ese momento no tenía ninguna relación con lo que pensaba sobre mi futuro, hay otro libro de esta colección que se llama *Papelucho historiador*. Ahora, en perspectiva, es muy interesante ver cómo la literatura infantil es capaz de captar la atención de los niños y niñas con pequeños detalles que resultan extremadamente familiares.

6. ¿Realizas lecturas unitarias de autores —para captar su espíritu— o lees una novela de uno y otra de otro?

Regularmente combino la lectura de novelas contemporáneas, ojalá aparecidas en el año en curso, con novelas clásicas. Y en los últimos años también trato de darle preferencia a escritoras en lugar de escritores.

Y si hablamos de las lecturas propias de la labor de historiador, lamento mucho no tener el tiempo para dedicarle un periodo específico a un autor o autora en particular. Este recorrido me parece crucial para entender la obra de alguna persona, pero desgraciadamente la mayor parte de las veces no lo puedo hacer.

7. ¿Qué libros están presentes en los tuyos?

Todos. No sé en qué medida, pero creo que todas las lecturas que realizo forman parte de lo que escribo. No creo que otra posibilidad sea factible. Además, me preocupa dialogar especialmente con la novela, con las formas de construcción de los relatos desde la ficción. Por eso, dedico una parte de mi tiempo a leer obras que podrían considerarse lejos de la labor del historiador, pero que creo son vitales para transformar una idea en un texto que logre conectar con un lector.

8. ¿Qué libros has releído?

Quizás el texto que más veces he releído es *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg. Este libro relata la historia de un molinero italiano acusado de herejía, precisamente por sus vínculos heterodoxos con la religión y con los impresos. Hace algunos años incluso se hizo una película basada en el libro. Lo interesante para mí es la capacidad del autor de construir una explicación sobre procesos de largo alcance a partir del relato de un fragmento de

la vida de un sujeto en los márgenes. Eso me sigue sorprendiendo cada vez que vuelvo a revisar el texto.

9. ¿De cuántos libros está compuesta tu biblioteca y qué podemos encontrar en ella?

Debo de tener cerca de 2 mil 500 libros, la mayoría de ellos relacionados con la historia y las ciencias sociales. En realidad, se trata de una biblioteca especializada en las temáticas que trabajo. Desde hace un tiempo trato de reducir las compras de libros físicos que no sean funcionales para mi propia labor profesional. Aprovecho las herramientas digitales para acceder a otro tipo de materiales.

Una parte de mi biblioteca, no sé si llamarla sección, se enfoca en impresos de los años treinta. Aunque evito a toda costa entrar en las dinámicas de los coleccionistas, muchos de esos textos son muy difíciles de conseguir en bibliotecas universitarias, por lo que lamentablemente he tenido que comprarlos, la mayoría de ellos en las librerías de viejo.

10. ¿Cuál es el libro que te ha impresionado más y por qué?

Justo en estos días el libro que me tiene impresionado no lo he podido ver ni leer. Es un volumen de la editorial Polis, que decidió hacer un libro a principios de la década de 1940, a todo lujo. Se trata de *Notas de platería*, de Artemio de Valle Arizpe, de 650 páginas, con 130 ilustraciones y una portada a cinco tintas. Los cinco ejemplares de mayor lujo fueron imprimidos en papel Corsican Dekl, con capitulares iluminadas a mano, con un costo de 100 pesos. Para que se hagan una idea, el precio regular de un libro bordeaba los 2.5 pesos. Pese a todos los años que llevo estudiando estos temas, me sigue impresionando la enorme distancia que puede existir entre quienes ven en el libro un potencial

democratizador y aquellos que insisten en la necesidad de pensar en el libro como la propiedad de una elite, ya sea cultural o económica. Por supuesto, esto finalmente obedece a dos proyectos políticos muy distintos, que ven elementos muy diferentes en lo que representa el libro.

11. ¿Qué significa para ti publicar un libro?

Hace poco apareció un nuevo libro de mi autoría: *Ningún revolucionario es extranjero. Intercambios educativos y exilios latinoamericanos en el México cardenista*. Y algo que ha gatillado su aparición es precisamente una reflexión sobre lo que significa su lanzamiento. Por supuesto, como cualquier persona que expone algo a la luz pública, se genera un poco de temor, especialmente por la recepción, y a la vez es motivo de alegría, por la conclusión de un trabajo realizado durante varios años.

Pero además, como alguien que trabaja en el análisis de los procesos asociados al ámbito editorial, me parece que esta reciente aparición involucra una serie de labores de divulgación y difusión. Creo que esto en general ha sido algo que los académicos han tendido a olvidar, pensando que la tarea de producir un libro termina con su publicación. Al contrario, para mí eso corresponde sólo a una etapa en el largo proceso de construcción de las ideas.

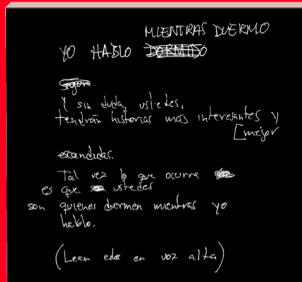
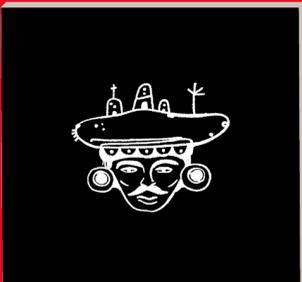
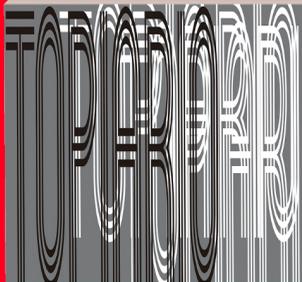
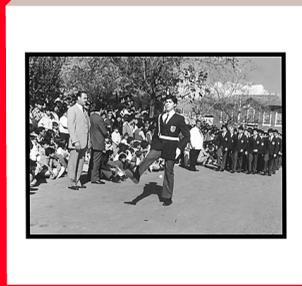
12. ¿Con qué autores te nutres actualmente?

Le he estado prestando especial atención a los escritores y las escritoras publicados en el Estado de México. Me parece que hay algunos que son realmente destacables, y que por lo general no tienen el espacio que deberían. En este esfuerzo, por supuesto, me parece que las experiencias editoriales del estado también son otro de los elementos que uno debería destacar.

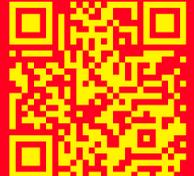
13. ¿Qué tipo de libros te producen antipatía?

En el actual contexto de sobreproducción, me parece que las editoriales universitarias y académicas deberían realizar un esfuerzo por construir de mejor forma sus catálogos. En este sentido, nos hemos llenado de libros colectivos con escaso aporte a las materias que dicen tratar o que lisa y llanamente repiten lo que se ha dicho en otras partes. Por supuesto, después se habla de la crisis del libro académico, cuando muchas de las publicaciones sólo apuntan a cumplir las exigencias del sistema de evaluación, ya sea de las propias universidades o del Conahcyt. Esos son los libros que me provocan mayor desazón, y lamentablemente abundan.

SEBASTIÁN RIVERA MIR (Santiago de Chile, 1978). Es doctor en Historia por El Colegio de México y profesor investigador en El Colegio Mexiquense. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores del Conahcyt, Nivel II. En octubre de 2020 apareció su libro *Edición y comunismo. Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)*. Es coordinador del volumen *Historias entrelazadas. El intercambio académico en el siglo XX: México, Estados Unidos, América Latina*. Ha publicado artículos y capítulos de libros en México, Argentina, Estados Unidos, Colombia, Chile y Alemania. Actualmente coordina un proyecto de investigación, financiado por el Conahcyt, sobre el ecosistema del libro en el Estado de México.



Descarga los libros de la colección **En Marte aparece tu cabeza** en grafografxs.uaemex.mx



CASTRO • GUEBEL • MORALES • BASILIO • ROSAS • RAMÍREZ • LIST
SHARIF • ALAREER • GONZÁLEZ • RIVERA • ESPAILLAT

